

LAS ANDANZAS DE GURDJIEFF

A principios de 1912, Gurdjieff llega a Moscú, donde se establece como comerciante de alfombras y artículos del Asia Central. Entra en la historia por primera vez en la autobiografía del inglés Paul Dukes, y en un ensayo anónimo titulado «Atisbos de Verdad». Dukes, estudiante de música en el conservatorio de Moscú, que luego sería agente secreto británico, había leído La doctrina secreta y asistido a sesiones de espiritismo. Su profesor de piano lo introdujo en la teosofía y, después de interesarse por varias sectas esotéricas, conoció a Gurdjieff y se convirtió en su primer discípulo extranjero. Dukes y el autor de «Atisbos de Verdad» describen encuentros parecidos con el Maestro, el primero en una casa de campo en las afueras de Moscú, el segundo en una calle gris cercana a la estación Nikolaevski de la ciudad, donde fueron convocados secretamente.

Al llegar al lugar de la cita, fueron guiados por oscuros pasajes hasta unas habitaciones mal iluminadas adornadas con profusión de alfombras y chales, con los techos entoldados como tiendas a la manera oriental y con objetos del mismo origen en las paredes. El autor anónimo describe una de las lámparas, con la pantalla de cristal en forma de flor de loto, y un armario con iconos y esculturas de marfil de Moisés, Mahoma, Buda y Cristo: el panteón de los Maestros Ocultos. Enfrente de la última puerta, mirando fijamente al visitante con ojos penetrantes, pero amistosos, un hombre silencioso, de mediana edad, estaba sentado con las piernas cruzadas en una otomana y fumando una pipa de agua. Dukes encontró al Maestro jugando al ajedrez con un misterioso huésped barbudo, de pómulos acusados y ojos oblicuos. Gurdjieff hizo entonces un ejercicio de respiración y canto, entonando la Plegaria del Señor, de tal modo que indujo una especie de suave corriente eléctrica en Dukes.

El episodio sugiere un paralelismo con Thomas Lake Harris, que será más notable en años posteriores, cuando la ascendencia de Gurdjieff sobre sus discípulos se hace absoluta, pero muchas de estas escenas nos llevan directamente a Bulwer Lytton vía Blavatsky, y muestran claramente que en este momento Gurdjieff cultiva la imagen indiscriminada de un «misterioso» oriental, a la manera del Fu Manchú de ficción y de la HPB real. Más adelante se deshará de los accesorios teatrales y aprenderá a causar efecto mediante la fuerza de su personalidad, aunque conservará su debilidad por las alfombras. El teatro fue importante en la vida de Gurdjieff en más de una manera. Siempre estaba representando. Si esto provocaba dudas en quienes estaban con él, también era fuente de fascinación. Y a pesar del diletantismo de su escenografía, la enseñanza de Gurdjieff ya tenía un lado serio. Enseñó ejercicios de respiración y canto a Dukes, que siguió tomando lecciones de él durante varios años. El encuentro de Ouspensky con Gurdjieff fue menos prometedor. Cuando regresó en 1914 de sus viajes a Moscú, poco después de iniciarse la guerra, volvió a su trabajo de periodista. Al ver el anuncio de La lucha de los Magos, lo incluyó como noticia en su periódico, pero hasta la primavera siguiente no se conocieron, cuando los presentó un amigo común, el escultor Mercourov (que quizá fuera primo de Gurdjieff).

Se conocieron la primavera de 1915 en un café barato de Moscú, donde Ouspensky vio a

un hombre de aspecto oriental que había dejado atrás la juventud, de bigote negro y ojos penetrantes, que me causó asombro porque parecía que iba completamente disfrazado... con la cara de un rajá indio o de un jeque árabe...

Gurdjieff, que inmediatamente impresionó a Ouspensky como hombre que «sabía todo y podía hacer cualquier cosa», habló de modo cuidadoso, preciso y con autoridad. No sólo le pareció omnisciente, sino aún más: sabía lo que era importante y lo que no lo era. Cuando Gurdjieff hablaba, las cosas también parecían estar conectadas; transmitía el sentido de la totalidad de la creación; cada observación implicaba un sistema de pensamiento vasto, upificado y coherente, que a su vez correspondía a la misma naturaleza de la realidad. Podía discutir de los temas más profundos sin más, y Ouspensky mencionó inmediatamente su obsesión de encontrar una escuela esotérica. Gurdjieff le hizo ver claramente que había encontrado al hombre que buscaba, que él, Gurdjieff, estaba en contacto directo con la verdadera tradición esotérica.

Pero aunque a Ouspensky le impresionó la autoridad personal de Gurdjieff, le repelió un persistente indicio de fraude. Ésta sería su actitud ordinaria en los años que siguieron. Cuando quiso explicarse esta contradicción —pensando que su nuevo amigo era un actor que nunca exteriorizaba su verdadero yo— Ouspensky quedó perplejo. La representación de un papel normalmente produce una sensación de falsedad, pero en el caso de Gurdjieff lo que sugería era autenticidad. El hombre poseía un aura de dignidad y poder innatos que superaba el disgusto fastidioso de Ouspensky por lo que en otro habría tomado por charlatanería: el modo teatralmente misterioso, las alusiones a los poderes ocultistas, la jactancia.

Pero le pareció imposible distinguir las fuerzas de las flaquezas, y Ouspensky se preguntó si la misma teatralidad del hombre no era una especie de testimonio de su autenticidad, basándose en que ningún tramposo medianamente inteligente caería en semejantes tonterías.

Más tarde llegó a la conclusión de que los criterios de juicio habituales no podían aplicarse a Gurdjieff, que sus engaños formaban parte de una estrategia deliberada y compleja para probar a los demás, y que la fuente del poder de Gurdjieff descansaba en última instancia en su naturalidad y sencillez.

Sin embargo, cuando abandonaron el café para conocer al pequeño grupo de seguidores de Gurdjieff, que estaban en un deslucido piso encima de una escuela municipal, Ouspensky quedó asombrado ante la disparidad entre la grandiosa descripción que el maestro le había hecho de sus importantes discípulos y la abatida banda de desesperados allí reunida. Cuando Ouspensky preguntó a esta gente qué les enseñaba el maestro, respondieron vagamente refiriéndose a un sistema de ideas, a trabajos en grupo y a «trabajar en uno mismo», incapaces de responder nada más. Gurdjieff también dejó

claro que esperaba que los discípulos pagaran bien por sus servicios (sin especificar qué servicios eran), argumentando que quien no paga por algo no sabe valorarlo.

Esta escena deprimente aumentó las dudas de Ouspensky. Sabía muy bien que Gurdjieff trataba de impresionarlo. Como periodista ducho, familiarizado con el esoterismo y miembro de la intelectualidad petersburguesa, sería una valiosa presa para el desconocido Gurdjieff. También le pareció claro que aquellos discípulos no tenían el dinero que andaba buscando Gurdjieff. Ouspensky se preguntó si no iba a ser utilizado como señuelo. Pero, a pesar de sus recelos (¿es posible que esta figura desaseada y jactanciosa, inclinada a los trucos baratos, posea realmente las credenciales ocultistas que afirma?), aceptó a Gurdjieff como maestro. Porque las reservas racionales de Ouspensky fueron barridas por una sensación extraordinaria: la presencia de Gurdjieff hacía que este intelectual, habitualmente serio, necesitara reír, gritar y cantar «como si hubiera escapado de la escuela o de algún extraño encierro». Pronto empezó a acudir diariamente para ser instruido por Gurdjieff.

En estas reuniones vio claramente que «trabajar en uno mismo» era mucho más que aprender el «sistema» de Gurdjieff, el cual, de todas formas, era imposible que pudiera entenderlo Ouspensky: cada vez que creía dominarlo, siempre había más. El mismo Gurdjieff decía que esto era deliberado, que sería un error rebajar el valor del entendimiento haciéndolo más fácil. También exigía y obtenía una sumisión absoluta de sus discípulos, y mientras más abyectamente obedecían, con mayor agresividad y arbitrariedad los trataba.

Ouspensky descubrió lo que esto significaba cuando fue a San Petersburgo en el invierno de 1915 con el propósito de formar un grupo que pusiera en práctica los principios de Gurdjieff. Su maestro acudía a la ciudad desde Moscú para dar charlas cada quince días, dejando que Ouspensky organizara la asistencia y el lugar de reunión, muchas veces en el último minuto, mientras él bebía en un café u organizaba una venta de alfombras. A veces dejaba en suspenso a su atribulado lugarteniente, no desvelando hasta el último momento si iba a dar o no la charla. Para el disciplinado Ouspensky aquello debió ser un tormento. A pesar de todo, gracias a sus relaciones, consiguió poco a poco un grupo de entre treinta y cuarenta discípulos. Algunos se entregaron inmediatamente a Gurdjieff, otros fueron aves de paso.

Pero, ¿qué hacían estos discípulos? Casi todo el tiempo lo pasaban escuchando a Gurdjieff, que exponía la cosmología y la psicología descritas por Ouspensky en su libro sobre estos años, *En busca de lo milagroso*. El sistema de Gurdjieff impresionó a su nuevo alumno por las cualidades que él mismo había estado buscando: detalle, extensión, conexión y totalidad. Parecía como si Gurdjieff tuviera literalmente una explicación para cada cosa y pudiera demostrar siempre cómo una cosa se relacionaba con otra. Pero aún más importante fue la formación práctica que ofrecía. Para explicar a Ouspensky por qué no había podido encontrar semejante enseñanza en

otro sitio, Gurdjieff le dijo que desde la antigüedad, los indios habían tenido el monopolio de la filosofía espiritual, los egipcios el de la teoría espiritual y los persas y mesopotámicos el de la práctica espiritual. La región del «Turquestán», de la cual se proclamaba hijo, era por consiguiente la patria de la práctica espiritual, y el mismo Gurdjieff el heredero de la tradición . Para probarlo, empezó a asignar tareas a los discípulos. Estas tareas —que comprendían el «trabajo en uno mismo» del que ya habían hablado a Ouspensky— incluían los ejercicios de canto y respiración descritos por Dukes y una serie de movimientos destinados a coordinar las aptitudes mentales, espirituales y físicas. Los ejercicios serían vitales en la enseñanza de Gurdjieff y marcan la ruptura diferenciadora con la teosofía. El núcleo de la doctrina de Gurdjieff se ocupa de la integración de todas las fuerzas vitales con el fin de establecer la armonía entre ellas y con el orden cósmico, de modo que cada individuo pueda aprender a Ser. Esta idea atrajo poderosamente al intelectual Ouspensky, que hasta entonces había buscado el ideal teosófico del conocimiento esotérico como camino de la iluminación espiritual. Pero el verdadero conocimiento, de acuerdo con Gurdjieff, es una función del ser. Lo que el hombre conoce está en relación directa con su ser. Distinguiendo entre el ser esencial y la identidad superficial o personalidad, Gurdjieff preparaba sus ejercicios para debilitar el poder represivo de las características adquiridas y restaurar así el sentido fundamental del ser, bloqueado u oscurecido por esas características.

Los ejercicios no se vieron favorecidos por la inquietud creciente que vivía Rusia. Las dificultades hogareñas, la manifiesta incompetencia de las autoridades civiles y militares y la horrible matanza de la guerra provocaron revueltas en Moscú. La débil confianza en el gobierno terminó por derrumbarse. En efecto, parecía extraordinario que en aquellas circunstancias alguien pudiera interesarse por la actividad esotérica, cuando sólo permanecer vivo y asegurarse el propio futuro era más peligroso cada día. Pero fue precisamente este peligro el que despertó el interés por la enseñanza de Gurdjieff. Porque había alguien que podía explicar el terrible caos en el que la vida se precipitaba y —quizá más importante— alguien que podía elevarse por encima de él.

Gurdjieff, como Steiner, atribuía la guerra a poderes ocultos —más específicamente a la hostil influencia planetaria— pero también decía que, como eran fuerzas ocultas, no había nada que pudieran hacer los individuos, fueran campesinos o ministros del gobierno, para arreglar la situación. Las cosas ocurren . En la mayoría de los casos, los hombres se comportan como máquinas o sonámbulos, corriendo ciegamente hacia el desastre. Dadas las circunstancias, la manera lógica de vivir es ignorar el caos y no tratar de salvarse como si hubiera un orden establecido. Sólo liberándose uno del curso arbitrario de los acontecimientos se puede tener alguna esperanza de desarrollarse espiritualmente mediante la experiencia de ser o de afectar esos acontecimientos. Para apoyar esta doctrina consoladora (y fatalista) invitaba a sus discípulos a depositar toda la

confianza en él. Su conducta podía parecer a veces arbitraria, pero era sólo porque su lógica estaba oculta a sus ojos. Dada la completa ausencia de otro apoyo al que acudir, no había razón para que no confiaran en Gurdjieff.

Aunque profundamente comprometido, Ouspensky seguía siendo escéptico. Pasaban los meses y los métodos del maestro no parecían dar resultado. Además, los métodos eran sumamente extravagantes. Cuando el grupo creció en 1916, Gurdjieff complementó sus charlas con terapias intensivas de grupo. A los discípulos que acudían para recibir instrucción sobre ocultismo y misticismo les decía que todas aquellas ideas no tenían sentido, que sus talentos profesionales y personales eran basura, y que el único camino para seguir adelante era desprenderse de todo lo que les era familiar con la esperanza de descubrir sus verdaderas identidades. Para conseguir esto no necesitaban el estudio y la meditación, sino vivir y trabajar juntos, en grupo, haciendo las tareas serviles que les encomendaba el maestro. También los instruía en los movimientos que decía haber aprendido en remotos monasterios mientras viajaba por Asia Central y los sometía a ejercicios mentales y físicos cada vez más penosos. A medida que la situación política empeoraba, el régimen de Gurdjieff se hacía más tiránico. Reñía constantemente a los discípulos por sus fallos, a veces en privado, pero casi siempre en presencia de los demás, exigiendo la confesión pública de sus faltas e insultando con especial dureza a quienes más se esforzaban por complacerlo. Llegó incluso a alentar las rencillas entre los discípulos, una manera de romper con la conducta habitual que forma parte de la personalidad bloqueada del individuo.

El propósito de estos métodos era promover la autoobservación y el «recuerdo de uno mismo», de modo que los discípulos empezaran a despertar de su profundo letargo y fueran conscientes de sus verdaderas identidades. Sólo entonces dejarían de ser máquinas humanas. La distinción de Gurdjieff entre ser —o esencia— y personalidad superficial, adquirida por la herencia y el entorno, depende de que casi todos nosotros, casi todo el tiempo, nos identificamos con la vida superficial, que está sometida por entero a las influencias externas. Antes de poder desarrollarnos espiritualmente, debemos descubrir nuestra auténtica identidad. Y nunca puede ser un proceso cómodo o placentero. La angustia, el dolor, la tensión y el conflicto son necesarios para favorecerlo. El régimen de Gurdjieff, por lo tanto, era entera y literalmente un curso de terapia de choque.

Los discípulos estaban perplejos. Era algo muy alejado de la pasión por el ocultismo o del consuelo de la teosofía, con los cuales casi todos estaban familiarizados. Muchos abandonaron a su nuevo maestro. Otros aceptaron su punto de vista, que los discípulos deben obedecer sin rechistar al Maestro, por más irracional que pueda parecer si es para conseguir un avance espiritual. Semejante entrega, proclamaba Gurdjieff, era en sí misma un obstáculo esencial que había que superar y un signo de que el acólito era digno del trabajo.

Ouspensky fue uno de los que aceptaron esta premisa, aunque nunca

pudo liberarse de las dudas residuales de intelectual y aceptar la autoridad sin cuestionársela.

En el verano de 1916, los miembros principales del grupo se retiraron para un período de estudio intensivo a una casa de campo finlandesa que pertenecía a uno de los miembros. En esta época, los principales discípulos de Gurdjieff eran el matemático A. A. Zaharoff; el doctor Stjoernval, especialista en enfermedades mentales, convertido (según su esposa) en esclavo devoto del Maestro; uno de los pacientes de Stjoernval; Sophia Grigorievna, amiga de Ouspensky, y Madame Ostrowska, una prostituta polaca, convertida en amante de Gurdjieff.

La atmósfera en Finlandia fue tensa. El grupito de Gurdjieff sufrió el chismorreó, la histeria y la claustrofobia que suelen afligir a tales grupos, incluso en tiempos normales, sobre todo cuando se está bajo el liderazgo de una figura carismática que puede o no puede saber lo que está haciendo. La guerra, que iba muy mal para Rusia, sólo podía empeorar las cosas. Había escasez de comida y viajar era cada vez más difícil. Pero fueron precisamente estas condiciones las que sirvieron para concentrar las mentes de los discípulos de Gurdjieff, sobre todo de quienes, como Ouspensky, estaban dispuestos a ayunar y practicar los ejercicios de concienciación prescritos por el maestro. El resultado fue que todos se volvieron muy sugestionables y el mismo Ouspensky se encontró en contacto mental directo con su maestro, oía la voz de Gurdjieff dentro de su cuerpo y contestaba en voz alta a las preguntas que los demás discípulos no habían oído formular a Gurdjieff.

Según cuenta el propio Ouspensky, Gurdjieff le hizo saber por este medio que su mejor discípulo tenía ahora que rendirse o marcharse. No podía seguir por más tiempo ligeramente apartado de la obra. Desafiar e incluso expulsar a los discípulos iba a convertirse en una de las estratagemas habituales de Gurdjieff, en frecuente y repetida secuencia, lo cual constituiría uno de los aspectos más siniestros de su trato. Empezaba por seducir a sus seguidores, luego los subordinaba y, finalmente, los expulsaba, a menudo sin razón aparente. Muchos, incapaces de vivir sin apoyarse en Gurdjieff, suplicaban regresar, lo cual permitía a algunos por breve tiempo, pero, al final, el propio Gurdjieff se libraba de todos los discípulos importantes o creaba una situación insostenible para que ellos mismos se fueran. En esta ocasión, Ouspensky se fue de Finlandia y regresó a San Petersburgo, donde continuó durante varias semanas en comunicación telepática con Gurdjieff o, al menos, eso es lo que creyó. El episodio, sin entrar en su naturaleza y circunstancias, marcó la completa sumisión de Ouspensky a su maestro. El comienzo de la verdadera educación esotérica de Ouspensky coincidió con el fin de su antigua vida en Rusia. En octubre de 1916 fue llamado por breve tiempo al servicio militar, en el cuerpo de zapadores. Casi en las mismas fechas empezó a compartir su apartamento con Sophia Grigorievna y su hija, aunque nunca se casaron. Los discípulos siguieron engrosando el grupo, pero la situación en la capital rusa se hizo insostenible. A los seis meses

del viaje a Finlandia, la crisis política se agravó y el país empezó a colapsarse. En febrero, Gurdjieff se fue a Moscú. Una semana después abdicó el zar, dando paso a un gobierno provisional. El 16 de abril, otro hombre poderoso, Lenin, llegaba a la estación Finlandia de la capital y empezaba la revolución propiamente dicha. Gurdjieff era un hombre que se crecía en la adversidad y la Revolución sacó de él lo mejor que llevaba dentro. Salió de Moscú en la primavera de 1917 para reunirse con su familia en Alexandropol y luego convocó a sus discípulos en el sur. Muchos acudieron.

Ouspensky llegó en junio de 1917, conmovido por las ejecuciones sumarias que presenció en la estación de ferrocarril de Tbilisi.

Pero en julio, los dos hombres decidieron regresar a San Petersburgo. Gurdjieff, sin embargo, cambió de parecer en el último momento y permaneció en Essentuki, una ciudad sobre la línea férrea del Mar Negro, y envió a Ouspensky solo a la capital, donde tenía que recoger a otros discípulos y llevarlos al sur.

Ouspensky volvió pronto y le siguieron otros, como Zaharoff y Thomas y Olga de Hartmann, que acababan de integrarse en el grupo. Los Hartmann, que como Madame Blavatsky pertenecían a la aristocracia germanorrusa, eran de momento la presa más distinguida de Gurdjieff. Olga había estudiado canto operístico y su esposo era un compositor famoso, cuyo ballet, *La flor rosa*, había sido interpretado por Nijinski y Karsavina en la Ópera Imperial. Ricos, encantadores e independientes, sin idea de lo que les esperaba, llegaron a Crimea acompañados de una doncella y dos carruajes llenos de equipaje. El nivel social de los discípulos de Gurdjieff empezaba a elevarse.

El grupo se instaló al principio en Essentuki, donde el líder había tomado una villa y estableció el modelo de vida que seguiría durante la década siguiente. El caos reinaba en el mundo exterior aquel verano de 1917, y Gurdjieff impuso una comuna autocrática en la que los miembros combinaban las tareas domésticas con ejercicios, discusiones y danzas, todo bajo la estrecha supervisión del Maestro. Cuando hicieron excursiones al campo en San Petersburgo, las tareas domésticas habían sido una especie de juego para los discípulos de clase media, en una época en que todos, salvo los más pobres, tenían criados. Habían aprendido a cortar leña, cocinar, cuidar el huerto y limpiar, siguiendo el culto toistoyano de las tareas manuales voluntarias como método de mejorar la moral. Ahora los trabajos iban en serio. La elevación espiritual y la supervivencia eran la misma cosa.

Gurdjieff necesitaba dormir poco e impuso el mismo régimen de sueño a sus discípulos, quienes, con suerte, dormían cinco horas cada noche. Cuando no trabajaban en el huerto o regateaban la escasa comida en los mercados, a los que iban en rápidos paseos, volvían a la casa para practicar movimientos y ejercicios respiratorios. La austeridad estaba puntuada —y acentuada— por ocasionales rasgos indulgentes, cuando el Maestro recompensaba a sus devotos con un descanso en el trabajo o con una comida deliciosa, algo cada vez más raro en medio de las privaciones de un país que se deslizaba hacia la anarquía. En tiempos mejores, las comidas se convertían en el

centro focal de la vida gurdjieffiana. El Maestro, mezcla de jefe de tribu y autócrata victoriano, presidía la mesa, repleta de exóticas viandas y grandes cantidades de brandy, alternando las burlas y las amenazas e ignorando a sus inferiores. El prolongado ritual del festín, intercalado de complicados brindis, reforzaba entre los discípulos la sensación de que su maestro era una figura divina que dispensaba sabiduría, ingenio y justicia, los preservaba del mal y conjuraba la abundancia de la nada.

En agosto de 1917, Gurdjieff y la mayoría de sus seguidores se trasladaron de Essentuki a Tuapse, un lugar de veraneo en la costa del Mar Negro. Ouspensky volvió a la capital para ver si podía salvar alguna propiedad y a otros discípulos. La situación política y militar cambiaba a cada momento y lo más probable es que Gurdjieff se trasladara a la costa para no quedar atrapado en el interior.

Pero una vez llegado a Tuapse le dijo a los Hartmann que intentaría ir caminando hasta la segura Persia, lo cual implicaba un trayecto largo y peligroso a través de la zona de guerra. Dijo también que se ganaría la vida picando piedras en el camino. ¿Quién quería irse con él? Zaharoff y los Hartmann, ahora mesmerizados por Gurdjieff e incapaces de valerse por sí mismos, aceptaron acompañarlo. Los demás se quedaron.

Guiados por Gurdjieff, el grupito se adentró en el país durante días, lacerándose los pies y destrozándose los vestidos en los senderos montañosos, para encontrarse al final en otro pueblo cercano al mar Negro y no lejos de Tuapse: prácticamente habían caminado en círculo. Tan pronto como llegaron a la costa, Thomas de Hartmann cayó enfermo de tifus y Gurdjieff hizo llamar a Ouspensky y a los Stjoernval para que se unieran al grupo. Hartmann se recuperó, pero la guerra civil había empezado a asolar el Cáucaso; para escapar de ella, Gurdjieff mantuvo al grupo en movimiento durante los meses siguientes, hasta que terminaron de nuevo en Essentuki, agotados por el viaje y empobrecidos por el gobierno bolchevique que, entretanto, había confiscado toda propiedad privada.

En febrero de 1918, Gurdjieff envió una circular invitando a todos sus discípulos a reunirse con él en Essentuki, donde su familia, procedente de Alexandropol, ya se había reagrupado. Reconstituida la comuna, se reanudó el antiguo régimen: danzas, movimientos, trabajo duro y períodos de silencio obligado, esta vez complementado con música popular del Turquestán y el repertorio de trucos extravagantes aprendido por el maestro durante sus viajes. La banda de seguidores sobrepasaba ahora el centenar y la mezcla de clases y caracteres producía una absurda situación chejoviana, con las refinadas damas preocupadas por las pocas joyas o vestidos que les quedaban, los campesinos armenios charlando en los rincones de huevos y harina, los intelectuales esforzándose en sus ejercicios espirituales y todos discutiendo seriamente sobre el significado de la vida. Gurdjieff daba instrucción espiritual y mascaba pipas de girasol mientras ideaba planes para sacar adelante al creciente grupo.

El número de miembros no fue constante. Si llegaban discípulos y

familiares a Essentuki, también se marchaban otros. En julio de 1918, la hermana de Gurdjieff y su esposo llegaron a la ciudad vecina de Mineralni Vodni con sus seis hijos, reducidos a esqueletos vivientes tras el viaje desde Alexandropol, a unos seiscientos kilómetros en línea recta, pero hostigados por toda clase de peligros, desde el ejército regular a los bandidos. También trajeron la noticia de que el ejército turco había asesinado a la población masculina de Alexandropol, incluido el padre de Gurdjieff que no quiso abandonar su casa. Los demás huyeron.

El grupo se vio afectado por la desertión de Ouspensky: cuando en agosto de 1918 Gurdjieff abandonó Essentuki para volver otra vez al Mar Negro, su discípulo no lo acompañó. No se sabe por qué Ouspensky creyó que tenía que romper con el Maestro y precisamente en aquel momento. Ouspensky se limita a decir que había dejado de confiar en Gurdjieff, aunque su propia evidencia hace creer que nunca confió. Habían vivido y trabajado juntos en estrecha relación durante algo más de un año; pero, mientras Ouspensky creía más fervientemente que nunca en lo que él llamaba el Sistema, había empezado a temer a su transmisor. Lo cierto es que eran dos caracteres incompatibles, y los mismos rasgos que hicieron que Ouspensky se sintiera atraído por Gurdjieff, resultaban ahora intolerables. Además, ambos eran autócratas, incapaces de dejarse dirigir por otros. Aunque emocionalmente vulnerable, Ouspensky poseía la arrogancia intelectual del autodidacta triunfador. Tampoco podía aceptar las groseras inconsistencias de Gurdjieff. Con el tiempo, llegó a la conclusión de que la única solución a su problema era separar al hombre de su enseñanza, lo cual justificaba diciendo que todo lo valioso de la enseñanza no pertenecía al maestro, sino a las tradiciones de la antigua escuela en que se había formado. Por lo tanto, en el futuro, Ouspensky promovería y desarrollaría el Sistema de Gurdjieff, libre de la, para él, influencia abrumadora y en ocasiones siniestra del mismo Gurdjieff.

Como la guerra civil se acercaba, Gurdjieff hizo planes para abandonar la región con un pequeño grupo de discípulos. Su familia y el resto de seguidores se quedaron. La extrema dificultad y peligro de viajar por la zona de guerra exigía una buena razón, y Gurdjieff se las arregló para convencer a las autoridades bolcheviques de que, en medio de la guerra civil, iba a llevar a cabo una expedición arqueológica. También dio a entender que, de pasp, haría prospecciones de oro. Que lo creyeran prueba sus dotes de persuasión (o de soborno: no se sabe). No sólo le dieron el necesario permiso. Las autoridades le proporcionaron también equipos de acampada y excavación, como tiendas, palas y veintiuna hachuelas. Aconsejado por Ouspensky, pidió descaradamente alcohol para lavar el oro, y también le dieron grandes cantidades, a pesar de la hambruna inminente. El martes 6 de agosto de 1918, la expedición formada por un asno y quince personas, entre ellas los Hartmann y los Stjoernal, salió de Tuapse en un tren de mercancías, viajando hacia el interior a seis kilómetros por hora.

Lograron alcanzar Maikop, a unos ciento cincuenta kilómetros al

noreste de la costa, donde los anarquistas habían volado las vías férreas y los ejércitos blanco y rojo se disputaban la ciudad. El maquinista, prudentemente, abandonó el tren y los dejó a su propia suerte. Encontraron una casa de campo abandonada y volvieron a la antigua rutina. El asno pastaba, los discípulos trabajaban y el retumbo lejano de los cañonazos les recordaba que la guerra continuaba. Aun así, la soledad no fue completa. La zona estaba infestada de refugiados de todo tipo, todos tratando de adivinar qué camino tomar cada vez que la ciudad cambiaba de manos. Hartmann se encontró con un antiguo amigo que, de oficial de la Guardia Blanca, se había convertido en vagabundo, y el doctor Stjoernval se cruzó con un finlandés convertido en monje budista que, vestido como tal, iba camino de la India.

Después de tres meses en la granja, se hizo evidente que tenían que salir de allí. Los blancos, cuando tomaron Maikop, ahorcaron a todos los sospechosos de bolchevismo y sólo era cuestión de días que los rojos retomaran la ciudad y empezaran a fusilar a todos los traidores zaristas. La elección de cualquier bando era un peligro mortal. Aunque, como de costumbre, Gurdjieff consiguió salvoconductos de unos y otros, escritos a ambos lados de un mismo papel, teniendo que adivinar qué lado tenía que enseñar cada vez que los detenían en el camino, este extraño juego no podía salir siempre bien. La única solución era escapar de Rusia, lo cual implicaba volver a atravesar las montañas hasta el Mar Negro. Con el tren inutilizado, la única manera de hacerlo era poner el equipaje en los carros y echar a andar.

Tuvieron que atravesar los frentes en varias ocasiones, cargados con el equipaje, salvando montañas empinadas y frondosos bosques, comiendo setas y bayas silvestres durante el día y acampando de noche en las tiendas facilitadas por las autoridades bolcheviques de Essentuki. En el camino, «descubrieron» unos dólmenes —no está claro si Gurdjieff ya conocía su existencia— justificando, si alguien preguntaba, la intención original de la expedición arqueológica.

Por fin, en octubre de 1918, llegaron a Sochi, en el Mar Negro, deslizándose cuesta abajo por las empinadas laderas que rodeaban la ciudad «sobre el culo», en palabras de Gurdjieff. Una vez más habían hecho un viaje en círculo. Tomaron habitaciones en el mejor hotel y aquella misma noche, después de la cena, Gurdjieff le pidió a Olga de Hartmann que cantara el aria de las campanas de Lakme, como si todo fuera de lo más normal. Para Olga fue algo sin importancia después de los sufrimientos pasados.

A los pocos días el grupo empezó a dispersarse, no se sabe si por voluntad de los miembros o por indicación de Gurdjieff, que se quedó solamente con Julia Ostrowska, los Stjoernval y los Hartmann. Pero Sochi no era más seguro que otros lugares. Aunque la ciudad no estaba amenazada por los bolcheviques, sí lo estaba por los georgianos recién independizados y el ejército blanco. En enero de 1919, el reducido grupo reanudó su viaje, esta vez a bordo de un barco que los llevó a Poti, para continuar luego a Tbilisi, la

capital de Georgia, donde Gurdjieff, de acuerdo con su relato en Encuentros con hombres notables, había trabajado en los ferrocarriles treinta años antes. En Tbilisi encontró refugio en casa de unos primos y pronto se puso a trabajar en su antiguo oficio de comerciante de alfombras, con el dinero que le prestó el hermano de su suegro, que daba la casualidad que era el arzobispo de la diócesis. El doctor Stjoernval se dedicó a su profesión de médico y los Hartmann se entregaron a la música, Thomas en el conservatorio y Olga en la ópera, donde inmediatamente interpretó el papel de Micaela de Carmen. Hizo el papel a pesar de una incipiente tuberculosis, que curó enseguida bajo la dirección de Gurdjieff, comiendo tocino y durmiendo al relente en la veranda.

El incorregible líder inició al mismo tiempo negociaciones con el gobierno georgiano para establecer el primero de sus «institutos» y que iba a marcar la pau-ta de la siguiente década. Los días de los grupos ad hoc se habían terminado: Gurdjieff quería ahora una escuela apropiada y el reconocimiento oficial. Como había pasado su vida fijando precios y regateando, llevó las negociaciones con deleite, y su experiencia con la escurridiza administración georgiana le fue de gran utilidad en sus posteriores contactos durante la década de 1920 con los gobiernos francés, alemán, británico y estadounidense para proyectos más ambiciosos. Al cabo, los georgia-nos, al parecer halagados por la afirmación de Gurdjieff de que ayudaría a convertir su capital en un centro de la cultura mundial, le dieron un edificio en Tbilisi, en el cual estableció el pomposamente llamado Instituto para el Desarrollo Armonioso del Hombre. El instituto cerró al poco tiempo por falta de interés público, a pesar de un folleto insultantemente optimista, por no decir des-honesto, que anunciaba que ya estaba funcionando en las capitales más importan-tes del mundo, como Bombay, Kabul, Alejandría, Nueva York, Chicago, Moscú, Cristianía... y Essentuki . Detrás del fraude del prospecto había un programa educativo basado en la teo-ría gurdjieffiana de la personalidad, según la cual el hombre posee tres centros: el físico, el emocional y el intelectual. El propósito de sus ejercicios —y en este momento era más terapeuta que maestro ocultista— era conseguir el equilibrio entre estos tres centros mediante el movimiento y el autoconocimiento.

Según afirmaba Gurdjieff, que era aficionado al número tres, hay tres métodos tradicionales para despertar al alma de su letargo y favorecer el aumento de la conciencia: el método del faquir, que se concentra en el centro físico; el método del monje, que se concentra en el centro emocional, y el método del yogui, que se concentra en el centro intelectual. Pero todos estos métodos consiguen un desarrollo unilateral. En su Wanderjahre por Asia Central, Gurdjieff asegura haber estu-diado un Cuarto Método, mediante el cual se pueden desarrollar armónicamente los tres centros . Si se le objetaba que la armonía parecía un objetivo improbable en un hombre que siempre estaba en el ojo del huracán y nunca dudaba en provo-car conflictos, Gurdjieff contestaba que lo que normalmente parece armonía es en realidad letargo, y que la verdadera armonía no es la

ausencia de discordia, sino la concordancia de las fuerzas dinámicas. Pero aunque Gurdjieff no tuvo éxito con su instituto, continuó ejerciendo de maestro de danza. La escenografía y la iluminación de la Carmen de Olga Hartmann era de Alexandre Salzmann, cuya esposa, Jane, se convirtió rápidamente en una de las discípulas más entusiastas de Gurdjieff. Nacido en 1874, Salzmann era como un comodín, un vagabundo que, además de su talento artístico, se interesaba por el ju-jitsu, la curación y el ocultismo. Amigo de Kandinsky, había sido guardabosque, inventor y monje benedictino. Su esposa, mucho más joven, (nació en 1889), era bailarina y había estudiado con Emile Jaques-Dalcroze en la Escuela de Eurytmia de Hellerau, cerca de Dresde. Cuando Gurdjieff llegó a Tbilisi, ensayaba con sus alumnos una representación de las danzas dancísticas. Profundamente impresionada por el nuevo amigo de su esposo, puso su clase bajo su dirección para representar las Danzas Sagradas, practicadas desde antiguo pero nunca vistas. La función tuvo lugar en el Teatro de la Ópera de Tbilisi el 22 de junio de 1919. Entretanto, Olga de Hartmann fue enviada de viaje. Aquella primavera, Dmitri, el hermano de Gurdjieff, llegó a Tbilisi procedente de Essentuki, donde su madre y hermana sobrevivían a duras penas a las purgas, plagas y hambrunas. La mayor parte de sus pertenencias habían sido vendidas o confiscadas, pero aún quedaban unas pocas alfombras de Gurdjieff y las miniaturas de Olga, y ésta, una de las lugartenientes de mayor confianza de Gurdjieff, fue enviada a que atravesara la zona de guerra para traérselas. Más tarde, ella veía el viaje, así como todos los sacrificios que le había exigido Gurdjieff, como una prueba, la misma opinión que sobre las aventuras del Cáucaso tuvieron retrospectivamente todos los discípulos que permanecieron fieles. En Essentuki, el menos crédulo Ouspensky también demostraba sus dotes para la supervivencia. A los pocos días de la marcha de Gurdjieff, la guerra civil se apoderó de la ciudad, y las condiciones se deterioraron rápidamente cuando los ejércitos rojo y blanco lucharon en el territorio y las incursiones de los cosacos aterrorizaban a la población. Respondiendo a la situación con talante gurdjieffiano, Ouspensky requisó un aula de la escuela local, donde puso todos los libros que pudo encontrar, la llamó biblioteca oficial del soviét de Essentuki y, para dar fe del hecho, colocó una bandera sobre la puerta. Esto le proporcionó un puesto oficial que pudo salvar la poca vida que aún quedaba en su famélico cuerpo, aunque los libros le sirvieron de poco a la hora de comer o vestirse. En uno de los artículos que publicó en un diario inglés, describiendo las condiciones de aquel momento en Rusia, decía que «estoy todavía vivo porque mis botas, mis pantalones y el resto de ropa —toda “veterana”— aún se aguantan. Cuando terminen su existencia, supongo que terminará la mía». Su amigo Zaharoff no tuvo tanta fortuna y murió de viruelas en Novorossiysk en noviembre de 1919. En junio de aquel año, después de casi diez meses de sufrimientos y muchas pretensiones de victoria por ambos bandos, Essentuki fue

brevemente «liberada» por Denikin, el general al mando de los ejércitos blancos, y Ouspensky pudo escapar como asesor del comandante Pinder, jefe de la misión económica británica en el ejército de Denikin. Pinder había sido avisado de las condiciones y circunstancias de Ouspensky por un amigo inglés, A. R. Orage, que había publicado las seis «Cartas desde Rusia» de Ouspensky en la revista *New Age* entre septiembre y diciembre de 1919. Tan fluida era la situación militar en el Cáucaso que el mismo Pinder fue capturado y encarcelado poco después por las tropas rojas, y estuvo de ser ejecutado; pero los dos hombres pudieron escapar después y se retiraron hacia el oeste a través del Mar Negro.

En marzo de 1920, Ouspensky ya se encontraba seguro en Constantinopla. Gurdjieff, entretanto, había renunciado oficialmente al Instituto para el Desarrollo Armonioso del Hombre e incluso abandonó otro proyecto de ballet. No había tiempo para la danza y consideró seriamente su huida de Georgia, donde la situación empeoraba rápidamente. Pinder, nombrado agregado cultural británico del efímero gobierno georgiano, pasó fugazmente por Tbilisi, donde compartió una botella de whisky Johnny Walker con el Maestro, pero no pasó mucho tiempo sin que ambos hombres salieran a toda prisa de la capital. Los compañeros de Gurdjieff vendieron sus propiedades, invirtiendo el dinero en alfombras exóticas; Hartmann se despidió con un recital de piano y otra vez emprendieron viaje hacia el Mar Negro y el puerto de Batum. Allí tuvieron una difícil salida. Los barcos iban abarrotados de refugiados y era casi imposible obtener plazas. Mientras negociaban para obtener los camarotes, los soldados les robaron casi todo lo que llevaban. Aún les quedó dinero para pagar los billetes, y el 7 de junio de 1920, Pinder y Gurdjieff, con unos treinta seguidores del último, casi todos del mismo Tbilisi, se las arreglaron para llegar a la relativamente segura Constantinopla. Ouspensky y su temido maestro estaban, una vez más, juntos. Nunca volverían a Rusia.

La capital turca rebosaba de refugiados y los representantes oficiales de las grandes potencias esperaban el colapso final del Imperio Otomano. Turquía había estado al lado de Alemania durante la guerra y era la legítima presa de los aliados victoriosos. Francia y Gran Bretaña tenían misiones militares en Constantinopla para cuidar de sus intereses. En teoría, estas misiones pretendían favorecer la estabilidad de una región de por sí explosiva, pero en realidad se dedicaban al espionaje y a la agitación política en propio beneficio. La Rusia meridional, Turquía y los Balcanes estaban sumidos en el caos desde el fin de la guerra, y parecía como si todo el Asia Central fuera a desmembrarse entre las potencias vencedoras, los colonialistas imperiales y los más sutiles manipuladores de las «esferas de influencia». Además de la guerra civil rusa, que se extendía por toda Crimea, el Cáucaso y se adentraba en Asia, había las luchas étnicas por todo el imperio desintegrado. En la misma Turquía, aunque el último sultán seguía en el trono, no pasaría mucho tiempo sin que se proclamara la república.

Gurdjieff, que afirmaba haber visitado Constantinopla en su

juventud, para investigar los derviches como parte de su búsqueda de la verdad, se estableció en Pera, un barrio de la ciudad, donde encontró a la comunidad de rusos blancos arruinados que se reunían en los cafés, entre ellos a Ouspensky. Su antiguo discípulo vivía en una pensión de la isla Prinkipo, manteniéndose él y la familia de Madame Ouspensky con las clases que daba de inglés y matemáticas. La ciudad rebosaba de exiliados zaristas. En el otoño de 1920, el derrotado ejército blanco se retiró al Bósforo y más de cien mil personas engrosaron el éxodo de Rusia a Turquía, formando una ciudad dentro de la ciudad.

Si bien acarreó consecuencias trágicas para los otros, fue una buena noticia para Gurdjieff. Se ganó la vida como sanador y comerciante y emprendió de nuevo el proyecto de establecer un instituto, iniciando las complicadas negociaciones de costumbre para conseguir un local. Lo consiguió en el otoño de 1920, dando conferencias y organizando ensayos de las danzas sagradas en una habitación vecina. Era más fácil conseguir discípulos que habitaciones. Ouspensky, que le había pre-parado el terreno en Constantinopla, pudo ver que escapar de Gurdjieff no era tan fácil como había pensado. Ouspensky ya estaba trabajando en el Sistema, con más de veinte discípulos que se reunían en el Club Ruso Blanco. A pesar de sus recelos, entregó obedientemente su grupo al Maestro, volviendo durante un tiempo a su antigua tarea de cuidar de los discípulos de Gurdjieff.

También trabajaron juntos en el inacabable libro La lucha de los Magos, escribiendo versos para la escena y componiendo canciones inspiradas en la música de los tekkes (monasterios de derviches, de los cuales había más de 250 sólo en Constantinopla). Thomas de Hartmann también colaboró con las Luchas, terminando los esbozos musicales de Gurdjieff. En los meses de Tbilisi, el Maestro lo puso en contacto con la música popular armenia y georgiana y ahora absorbía las influencias derviches. Pero la alianza de Ouspensky con Gurdjieff no duró mucho. Se fue separando gradualmente de su maestro y en el verano de 1921 salió para Londres, doce meses después de la llegada de Gurdjieff.

Pero no importó mucho. Para entonces, Gurdjieff ya tenía nuevos amigos y discípulos, y no sólo de la comunidad rusa blanca. Muchos lo encontraron intrigante, por no decir siniestro, y supo destacar en una ciudad tan llena de exotismo. Uno de sus antiguos conocidos en la ciudad era el sobrino del sultán, el príncipe Mehmet Sabeheddin. Más tarde, Sabeheddin diría a un amigo común que conocía a Gurdjieff desde 1908, lo cual es posible, dada la probada implicación de ambos hombres en asuntos turbios de toda clase.

Incluso pudieron conocerse en la Dash-nakzutiun, la feróz sociedad secreta armenia que luchaba contra la dominación turca. Aunque miembro de la familia reinante, Sabeheddin era un intrigante político, relacionado con la oposición de los Jóvenes Turcos al sultanato e implicado en conspiraciones contra el régimen. Por una de estas causas fue juzgado y condenado a muerte in absentia en 1913.

Durante la guerra vivió casi siempre en Europa. Fue perdonado en 1918 al subir al trono su tío Mehmet VI. Vuelto a Constantinopla,

se alojó en Kuru Chesme, un palacete imperial sobre el Bósforo. Fue allí donde Gurdjieff cenó con él en enero de 1921. Hombre de baja estatura, de complexión delicada, melancólico, vestido con fez y levita, Sabeheddin estaba en la cuarentena. Dividía sus intereses entre la religión oriental y la política occidental. Conocedor superficial de la teosofía y la antroposofía, había mantenido correspondencia con Rudolf Steiner y Edmond Schuré, además de haber estudiado el misticismo islámico, el budismo y el cristianismo. Pero parece probable que tales intereses, aunque sinceros, fueron esporádicos; todo lo referido al infortunado Sabeheddin apunta a diletantismo. Hizo culto de Jesús y la Virgen María, pero su pasión por lo inglés era de la misma naturaleza.

Inglaterra estaba representada ampliamente en la lista de invitados de aquella noche. El capitán Bennett era un huésped asiduo en Kuru Chesme. Bennett llegó a Constantinopla en febrero de 1919, a la edad de veintitrés años, asignado al ejército británico de ocupación como uno de los pocos oficiales con conocimientos de turco. Era un joven de talento y encantador, con unos conocimientos impresionantes de matemáticas y lingüística, que sirvió meritoriamente durante la guerra antes de ser dado de baja por heridas que le produjeron una curiosa secuela mística: la sensación temporal de salir de su propio cuerpo y contemplarse desde arriba. Esta experiencia, recurrente a lo largo de su vida, le llevó a preguntarse si había algo más en la existencia humana que la experiencia diaria. Mientras convalecía en Cambridge, su trabajo en matemáticas de cinco dimensiones le sugirió también un mundo más allá de las nociones normales del tiempo y el espacio.

Cuando los aliados empezaron a reñir sobre sus despojos en Asia Menor, los conocimientos lingüísticos de Bennett hicieron de él un claro candidato para el servicio en ultramar y, a pesar de su reciente matrimonio, aprovechó la oportunidad. Su fácil dominio del turco le aseguró un rápido ascenso, y pronto fue jefe efectivo de la inteligencia militar británica en Constantinopla, un puesto que con el tiempo le hizo estar en contacto con todas las esferas influyentes de Turquía. Sus actividades en Constantinopla consistían en el espionaje y el control y contacto de todos los grupos políticos, dándole oportunidad para que desarrollase su inclinación natural por el misterio y la intriga. En el curso de su tarea investigó también las varias órdenes de derviches que Ouspensky ya había visitado una década antes.

Se decía que estas órdenes ocultaban sociedades políticas secretas, pero había algo más que el propósito de espionar en el interés de Bennett. La noción de búsqueda espiritual, que ya figuraba ampliamente en su vida, estaba alimentada por su investigación del sufismo. Como otros personajes de este libro, Bennett vivió buena parte de su vida en una zona gris, donde el trabajo de espionaje se transforma poco a poco en una creencia vaga en hermandades secretas y sociedades ocultas. Y, como demuestra cualquier comparación de su biografía con los archivos del Foreign Office, no fue mejor que Blavatsky, Leadbeater o Gurdjieff a la hora de distinguir la

realidad pública de su fantasía personal.

Las investigaciones de Bennett sobre la Orden Mevlevi fueron alentadas por Sabeheddin, que también le facilitó textos ocultistas, como el neoteosófico *Les Grands Initiés* de Schuré, donde se expone la teoría de que todas las religiones son básicamente la misma y que hay una sucesión de grandes iniciados a través de los cuales se transmite la sabiduría de los tiempos. Estas teorías respondían a la propia intuición de Bennett, y lo animaron durante toda su vida a buscar a los iniciados en cuyas manos está el secreto de la existencia.

Aquella noche había también una dama inglesa en casa del príncipe Sabehe-din: Winifred Elliot, una matrona distinguida, de cabello blanco y unos cuarenta años. Educada en la India, donde su padre había sido tutor del maharajá de Baro-da, estudió pintura en la Escuela de Bellas Artes de Slade y se casó en Inglaterra. Después de una vida aventurera y de casarse con un tal señor Beaumont, llegó a Turquía para hacer de acompañante de la princesa Fethiye, hija emancipada de Sabeheddin. La señora Beaumont participaba del interés de Sabeheddin por la reforma social, la ilustración espiritual y la política radical. Quizá fuera también su amante. Veinticuatro años mayor que Bennett, era una convencida y experimentada socialista y amiga de líderes socialistas europeos, como Arthur Henderson y Philip Snowden (más tarde ministro de Asuntos Exteriores y de Hacienda en el gobierno socialista de Ramsay MacDonald). A pesar de la diferencia de edad, el susceptible Bennett se sentía muy atraído por la voz suave, la charla inteligente y la delicada complexión de la señora Beaumont.

Formaban un curioso grupo: el diminuto Sabeheddin, la refinada señora Beaumont, el engreído y joven capitán y el irresistible Gurdjieff, que habló extensamente de hipnotismo y de los estados elevados de conciencia. El Maestro ya había adoptado su aspecto y modales característicos, mezcla de gurú y comerciante de alfombras. Moreno, de complexión robusta, con bigote negro y rizado, cráneo abovedado y afeitado y ojos penetrantes, siempre causaba una impresión inmediata, fuera para bien o para mal. Tanto Bennett como la señora Beaumont quedaron sorprendidos por su mirada, tan diferente a cuanto habían visto. Ouspensky lo había descrito con cara de rajá indio o jeque árabe, seguramente queriendo decir que irradiaba poder, seguridad y autoridad. Pero Ouspensky también había notado una perturbadora sensación de poder velado u oculto, algo exótico y esotérico al mismo tiempo.

La fama de Gurdjieff se le había adelantado. Los informes de espías del gobierno imperial indio habían alertado a las autoridades británicas en Constantinopla de que un famoso agente ruso estaba en camino, aunque las acusaciones que se le imputaban eran vagas. Estos informes estaban con toda seguridad en el despacho de Bennett cuando cenaba con el príncipe, aunque afirma en su autobiografía no haberlo sabido hasta después, afirmación que no casa bien con su jactancia de conocer e influir en el demimonde turco.

Por casualidad, e ignorándolo Gurdjieff, Bennett ya conocía a

Ouspensky. En-tre los huéspedes que pasaron por el apartamento de la señora Beaumont figuraba el silencioso y retraído Mijail Alexandrovich Lvov. Este era más pobre que la mayoría de los emigrados, aunque mejor preparado para sufrir su pobreza, porque años antes de la Revolución había renunciado a su fortuna y a su puesto de coronel de la Guardia Imperial para seguir a Tolstoi. Ahora tenía unos cincuenta años, se ganaba la vida como zapatero remendón y vivía en un armario, debajo de una escalera del Club Ruso, el Russky Mayak, hasta que la señora Beaumont le dio una habitacioncita en su apartameiito. Fue por medio de Lvov que Bennet conoció a Ouspensky, cuando Lvov preguntó si su amigo podía usar la sala de estar de la señora Beaumont para las reuniones del grupo, aunque Lvov puso como condición que los demás ocupantes del piso no debían curiosear lo que pasaba en las reuniones, que eran «privadas». La señora Beaumont estuvo de acuerdo, Ouspensky y su grupo se trasladaron allí, y empezaron las charlas.

El capitán Bennett y la señora Beaumont ya habían tenido reuniones informales en el apartamento para hablar de hipnotismo y, a pesar de o a causa de la prohibición de escuchar al amigo de Lvov, Bennett pronto se relacionó con el grupo, quizá impresionado por la afirmación de Ouspensky de que su propósito era nada menos que la Transformación del Hombre. Por otro lado, Bennett también conocía a los Hartmann, por su implicación en la organización de conciertos, y ellos le hablaron de Skriabin, a quien habían conocido, y de sus ideas teosóficas. Y es curioso que ni los Hartmann ni Ouspensky le hablaran de Gurdjieff. Parece que todos habían aprendido que era lo mejor para ellos. Sin embargo, según el relato del propio Bennett, aunque pasó menos tiempo con Gurdjieff que con Ouspensky en los siguientes veinticinco años, fue Gurdjieff quien afectó más profundamente su vida.

Esta vez sus caminos sólo se cruzaron brevemente. En agosto de 1921 Ouspensky y Gurdjieff habían abandonado Turquía por rutas diferentes y con un destino común: Europa occidental. En la primavera de aquel año, Claude Bragdon, un futuro discípulo de Gurdjieff, publicó en EE.UU. la traducción del libro de Ouspensky *Tertium Organum*, que tuvo un suceso de estima y, lo que es más importante, produjo algunos derechos que hizo llegar al autor en Constantinopla. Bragdon y Ouspensky se cartearon y cuando lady Rothermere, esposa del propietario del periódico, leyó el libro y quedó entusiasmada, Bragdon le habló del deseo de Ouspensky de salir de Turquía, y ella aceptó pagarle el viaje. Típica entusiasta, aunque bien intencionada, de las buenas causas, la separación del marido y la pérdida de dos hijos en la guerra habían agudizado el apetito espiritual de lady Rothermere, que buscaba constantemente medios para apaciguarlo. Bennett arregló un visado y Ouspensky salió para Londres, alojándose, de nuevo por cortesía de lady Rothermere, en un lúgubre apartamento de West Kensington. «Madame Ouspensky» permaneció en Constantinopla con Gurdjieff.

Entretanto, el mismo Bennett se tomó un permiso para visitar Inglaterra antes de abandonar definitivamente la Inteligencia

Militar. Vio a su hija de seis meses y a su ex esposa y llegó a la conclusión de que no había esperanza de reconciliación. Aunque oficialmente no estaba de servicio, asistió a la Conferencia de Londres para la Pacificación del Oriente Próximo, donde asesoró al primer ministro Lloyd George en su trato con la delegación turca; después conoció a Ramsay MacDonald (presentado por Philip Snowden), que le sugirió que se presentara como candidato laborista al Parlamento. Aunque tentado por esta perspectiva, a Bennett le pareció más apasionante el presente de Turquía. Los placeres de un diputado al Parlamento no eran comparables a su juicio con su prestigio en Constantinopla, donde la gente lo tomaba por el enviado personal de Jorge V y, consecuentemente, lo cortejaban de manera cómica y magnífica. Por ejemplo, el ex jedive de Egipto le había rogado que aceptara una maleta con mil soberanos de oro a cambio de que ejerciera su influencia en provecho del jedive; por otro lado, los albaneses, siempre faltos de un candidato adecuado, le habían ofrecido el trono. Prudentemente renunció a la corona, pero aceptó el dinero, que empleó en exportar higos de Asia a Londres. Luego invirtió los beneficios en una mina de carbón, que más tarde vendió por una buena suma. Fue lo mejor que pudo ocurrirle, porque al dejar el ejército se había quedado sin ocupación.

Gurdjieff también estaba desocupado y resolvió establecerse en Alemania. Sin ninguna lady Rothermere a la vista que le pagara sus facturas, volvió a vender cuanto tenía y tomó un tren hacia el oeste, saliendo de Constantinopla el 13 de agosto de 1921 y llegando a Berlín el día 22. Tenía buenas razones para elegir Alemania. El colapso total del antiguo régimen tras la derrota en la Primera Guerra Mundial había propiciado un período frenético de experimentación y libertad en todos los órdenes, tolerado (cuando no activamente alentado) por el gobierno de Weimar. La religión no fue una excepción y surgieron comunidades, escuelas y comunas espirituales por toda Alemania, muchas de ellas inspiradas, como la antroposofía, en la rica tradición filosófica de la nación.

La razón inmediata para que Gurdjieff eligiera este destino fue la invitación que recibió, por medio de los Salzmann, de Emile Jaques-Dalcroze para que trabajara en Hellerau. El músico suizo y maestro de danza Jaques-Dalcroze (1865-1950) estudió composición con Bruckner y Fauré y enseñó armonía en el conservatorio de Ginebra, donde, en las décadas anteriores a la guerra, ideó el sistema de movimientos rítmicos denominado euritmia. En 1911 estableció su instituto en una especie de imitación de templo griego, en Hellerau, financiado por dos hermanos polacos, Harald y Wolff Dom. Bernard Shaw, Stanislavsky y el novelista norteamericano Upton Sinclair visitaron el instituto y quedaron favorablemente impresionados por el trabajo de Dalcroze, que exploraba las propiedades simbólicas, espirituales y terapéuticas de la danza con el propósito de sincronizar el movimiento humano con los ritmos naturales.

La danza respondía en gran medida al gusto de la época, quizá porque combinaba el ejercicio, el ritual y el oficio, de tal modo que

satisfacía simultáneamente el antiguo anhelo de sacralidad y arte elevado y la nueva inclinación por la salud y la higiene. La danza era también parte integral del movimiento de vanguardia que ponía el acento en los ideales de libertad, expresividad e integración en la naturaleza. Aunque el Ballet Ruso dominó el teatro entre 1910 y 1930, abundaron otras danzas, compañías, maestros y teóricos. El ballet fue únicamente una de las formas que adoptó la danza. Las improvisaciones de Isadora Duncan, Josephine Baker y Louie Fuller fueron celebradas por poetas y pintores, desde Degas a Yeats, como encarnaciones de la liberación sensual y del ser instintivo, mientras que teóricos como Jaques-Dalcroze y Rudolph Laban ideaban sistemas de movimientos que incorporaban la libertad y complejidad de la danza.

Dalcroze había trasladado su instituto a Ginebra durante la guerra, y decidió continuar allí en 1919. Sus antiguos locales de Hellerau fueron alquilados a otros movimientos «progresistas», como los dalcrozianos independientes y una escuela que dirigía A. S. Neill. Y entonces se produjo una de las inquietantes y típicas farsas en la vida de Gurdjieff, cuando convenció a los Dominios para que anularan los alquileres existentes y se los asignaran a él. Neill y sus colegas amenazaron con acciones legales; los propietarios cambiaron de opinión, alegando que Gurdjieff los había hipnotizado; y hubo un pleito ante los tribunales que perdió Gurdjieff. La acusación de hipnotismo era corriente, dando a entender que poseía desacostumbrados poderes persuasivos, cualquiera que fuera su naturaleza, lo cual quedó probado por el hecho de que algunos de los dalcrozianos de Hellerau quedaron tan impresionados por Gurdjieff, que abandonaron a Dalcroze para seguirlo y convertirse en discípulos suyos para el resto de sus vidas.

No están claras las razones por las que Gurdjieff desistió de quedarse en Alemania después del fracaso de su tentativa en Dresde. La profunda inestabilidad del país pudo ser una de ellas, aunque Gurdjieff ya estaba habituado a la inestabilidad e incluso, como hemos visto, le gustaba. En febrero de 1922 cruzó el Canal para inspeccionar Londres, donde Ouspensky ya se había acomodado, sin duda congratulándose por la distancia que había puesto entre él y su fastidioso maestro. Pero Inglaterra no fue del gusto del Maestro, lo que era igual, porque, a pesar de los mejores desvelos de lady Rothermere y del apoyo de varios ciudadanos influyentes, el ministro del Interior prohibió que el grupo de Gurdjieff se estableciera en Londres, aunque luego indicara que Gurdjieff solo podía quedarse si lo deseaba. Los informes de espionaje que pasaron por el despacho de Bennett en Constantinopla se habían filtrado hasta Londres y ni siquiera sirvieron los esfuerzos del propio Bennett, que ya había vuelto de Turquía.

Esto debió ser un alivio para Ouspensky, que ya pensaba en irse a América si Gurdjieff se quedaba en Gran Bretaña. Porque, aunque Ouspensky cayó en su acostumbrado papel de subordinado, preparando las reuniones de Gurdjieff en el centro teosófico de Warwick Gardens y llenándolas con sus propios discípulos, mientras Olga de Hartmann

o Pinder traducían y tomaban notas, Gurdjieff no dudó en atacarlo. Ouspensky —dijo en un acto público— se había apropiado abusivamente de las ideas de Gurdjieff y las había malinterpretado. No tenía ningún derecho a establecerse como maestro de nada, si no era de sus propias teorías, y lo mejor que podía hacer era someterse una vez más al Maestro. Y en cuanto al público, tenía que elegir entre el falso profeta y el verdadero.

La escenografía de esta confrontación fue tan clásicamente gurdjieffiana que, más tarde, muchos de los que la presenciaron se preguntarían si Ouspensky y su maestro no estaban aconchabados; pero parece improbable que Gurdjieff se aconchabara con nadie. En los años que siguieron, los discípulos de Gurdjieff conocerían bien su magnetismo personal y su mezcla de amenazas y elocuencia persuasiva, y no debe extrañar nada que Ouspensky —aparte de la humillación personal recibida— no confiara en él. Como había ocurrido en tantas ocasiones, Gurdjieff ganó en la confrontación gracias a la fuerza de su carácter y el público se le rindió.

Además de lady Rothermere, unos pocos aristócratas de segundo orden y un millonario del norte, Ralph Philipson, el público estaba formado en su mayor parte por periodistas, psiquiatras y sus respectivos cónyuges. La mayoría se puso del lado de Gurdjieff en esta riña tan suya o, por lo menos, simpatizó con él. De un solo golpe, Gurdjieff se ganó a muchos de sus más celosos discípulos. Pero, desde el punto de vista de Gurdjieff, aunque de momento lo ignoraba, el asistente más importante de aquella reunión era A. R. Orage, quien diría más adelante: «Después de la primera visita de Gurdjieff al grupo de Ouspensky, supe que Gurdjieff era el maestro». Tan poderosa fue la impresión que produjo.

Orage era un típico converso. Nacido en 1873, creció en un pueblo cercano a Cambridge. La familia no disponía de recursos y el inteligente muchacho se educó a costa del terrateniente del lugar. Orage tenía puestas sus esperanzas en la futura generosidad de este hombre sin hijos pero, cuando el terrateniente se casó y tuvo un heredero, su protegido tuvo que renunciar a la universidad y conformarse con una escuela normal, ejerciendo de maestro en Leeds en 1893. El desengaño tiñó sus perspectivas, dando lugar a una temprana melancolía. El talante de Orage en su vida posterior estuvo marcado por la alternancia de una confianza eufórica y una inseguridad sombría. Se convirtió en un romántico que, como él mismo decía, quería «vivir en un mundo de milagros y ser él mismo un milagro».

En Leeds, Orage trabajó para el Partido Laborista Independiente, dio conferencias sobre Nietzsche y Platón, formó parte de la Sociedad para las Investigaciones Psíquicas y de la Sociedad Fabiana y en 1901 fundó, junto con su amigo Holbrook Jackson (1874-1948), historiador y crítico literario, el Club Artístico de Leeds.

También se convirtió en enardecido teosofista y, al mismo tiempo, empezó a desarrollar su propia filosofía. Como observó Jackson, Orage quería «un círculo nietzscheano en el que se combinaran Platón y Blavatsky, el fabianismo y el hinduismo, Shaw, Wells y Edward

Carpenter, con Nietzsche como catalizador». Aunque los nombres fueron cambiando en la síntesis, su ambición permaneció constante a través de los años, y Orage fue desarrollando gradualmente algo como una teoría shaviana de la evolución creativa, en la cual el Hombre aparece simplemente como el vehículo terráqueo más elevado que la conciencia cósmica puede desarrollar. Cuando surja el Superhombre — como él quiere— esta criatura no será otro Napoleón o Bismarck, sino una criatura con todas sus facultades mentales intensificadas a un nivel inimaginadamente alto.

En 1905, Orage se separó de su esposa y se trasladó de Leeds a Londres, sin más equipaje que la traducción en tres tomos de Nietzsche. Durante una década, a partir de mediados de 1890, había sido un pilar de la teosofía en Inglaterra y también el flagelo de los excesos de Besant y Leadbeater, que criticó severamente en sus escritos. Ya en Londres fue nombrado miembro del Comité de Sección, a pesar de su creciente desilusión con los líderes. Poco después cayó bajo la influencia de Beatrice Hastings, a quien conoció durante una reunión teosófica en 1906. Beatrice, una sudafricana de carácter violento, casada por poco tiempo con un boxeador, sufría delirios literarios de grandeza, suficientemente vigorosos para dominar a Orage y a New Age, la influyente revista fundada por Holbrook Jackson en 1907, en parte con dinero prestado por George Bernard Shaw.

Durante la década siguiente, el periodismo literario desplazó a las cuestiones espirituales en las vidas de Orage y Hastings. New Age se convirtió en la revista literaria de mayor prestigio de su época y Orage fue el centro de un círculo que comprendía a T. S. Eliot y Ezra Pound. Sólo reavivó su interés por lo esotérico cuando su relación con Hastings empezó a resquebrajarse al principio de la guerra, que ella pasó en París mientras él permanecía en Londres. Pero, para entonces, su ardor por la teosofía se había enfriado ya. Siempre ambicioso e intelectualmente inquieto, buscaba una solución metafísica a los problemas de la vida, una gran síntesis que lo llevara más allá de la teosofía, pero, ¿hasta dónde?

Primero se relacionó con Dmitri Mitrinovic, un atezado místico serbio, de ojos penetrantes y redonda cabeza afeitada a la manera de Gurdjieff. Durante la guerra, Mitrinovic escribió para New Age una serie de artículos sobre el aspecto espiritual de la política europea, pero la mayoría de lectores, entre ellos el director, lo encontraron incomprensible. Orage también puso grandes esperanzas en uno de los promotores de la revista, Lewis Wallace, que había escrito artículos sobre lo que él llamaba psicoegiptología y un mamotreto sobre Anatomía cósmica, pero Wallace no lo satisfizo más que Mitrinovic. Luego se interesó por una variante del psicoanálisis de algunos seguidores de Jung que más tarde serían seguidores de Gurdjieff. Si bien la práctica freudiana se dedicaba al análisis de la psique en términos casi médicos, el propósito más optimista de la psicosis, como bautizaron los junguianos a su nuevo método, era reconstituir espiritualmente al paciente. Aunque más prometedor que el trabajo de Mitrinovic y Wallace, Orage también terminó por

desinteresarse. Pero cada fracaso agudizaba su hambre espiritual. A principio de la década de 1920, era un alma frenética en busca de salvación, y Gurdjieff, como si hubiera observado todos los primeros intentos de Orage para encontrar una solución, llegó a Londres en el momento justo para salvarlo.

Orage no fue el único Converso inglés, pero fue el más decisivo. Los intelectuales lo seguían adonde fuera. Eran muchos los necesitados de ayuda. La guerra había dejado un desierto espiritual en su estela, habitado por almas perdidas necesitadas de guía. El resultado directo fueron los millones de personas que pronto miraron esperanzadamente al fascismo y al comunismo. Los más exigentes buscaron soluciones diferentes. Muchos eran teosofistas frustrados, aburridos por las interminables disputas internas de la Sociedad, casi permanentes durante la década anterior. Y aunque la teosofía seguía atrayendo a gran número de jóvenes, muchos miembros de más edad estaban desilusionados. La seriedad de Steiner había llevado a algunos a la antroposofía; ahora Ouspensky y Gurdjieff estaban también en disposición para capitalizar el descontento teosófico. Una consecuencia decisiva de su creciente influencia fue un cambio importante en la orientación de los gurús occidentales siguientes. La teosofía había estado dominada por el hinduismo y el budismo, en parte por la orientación original de Blavatsky y en parte por los intereses políticos de Besant y la obra de Olcott en Ceilán y Japón. A pesar de la vasta población musulmana en el subcontinente indio y en el Cercano y Medio Oriente y de esfuerzos aislados de individuos como Laurence Oliphant, el islam había estado excluido hasta entonces de las síntesis alternativas, quizá porque su fe monoteísta, demasiado parecida al judaísmo y al cristianismo, no era suficientemente exótica. Pero, a partir de ahora, el misticismo del islam que se encuentra en el sufismo y en las prácticas activas y contemplativas de las comunidades de derviches iba a jugar un papel de creciente importancia en la formación de las tradiciones del guruismo occidental. El centro geográfico de gravedad cambió una vez más. Igual que Blavatsky lo había llevado hacia Oriente, desde Egipto al Himalaya, ahora se resituaba hacia Occidente, desde el Extremo Oriente al Oriente Medio y Asia Central. Gurdjieff, ya lanzado el guante a Ouspensky y a sus discípulos, se retiró al continente. Como Alemania e Inglaterra no lo aceptaban, decidió probar en Francia y el 14 de julio de 1922 llegó a París. Tres meses más tarde empezaba un famoso experimento de manera de vivir.

El sentido destacado del Ser —como opuesto a la mera existencia— fue también el objetivo de la escuela más conocida de la época, situada en el Château du Prieuré des Basses-Loges. Fue allí donde Gurdjieff estableció la nueva versión de su Instituto para el Desarrollo Armonioso del Hombre en octubre de 1922, iniciando (en sus propias palabras) «uno de los períodos más locos de mi vida» y, podía haber añadido, de la de cualquier otra persona.

En acusado contraste con el torbellino de líneas art-nouveaux de

Steiner, el castillo es una mansión austera, aunque elegante, cuyas ventanas equilibradas y decoración elaborada expresan el ambiente jerárquico y mundano de la Francia del siglo xvii. Incluso así, Gurdjieff lo convertiría en su propia versión del Goetheanum. A unos cuarenta kilómetros de París y situado en un gran parque de Avon, cerca de Fontainebleau, está rodeado de una alta muralla de piedra; se accede a él por unas puertas que dan a un patio con una fuente. Primero en alquiler, Gurdjieff terminó por comprarlo por setecientos mil francos que pagó la viuda de matre Labori, el abogado que defendió a Dreyfus.

Los terrenos de la propiedad alcanzaban unas 180 hectáreas. La casa, aunque de sólida estructura y lujosamente amueblada, con bellos salones e invernadero, no se habitaba desde 1914, las habitaciones estaban sucias y casi abandonados los jardines. Gurdjieff se instaló en Auteuil y empezó a trabajar enseguida, poniendo a algunos discípulos a limpiar el castillo mientras otros se dedicaban a las danzas sagradas, utilizando el Instituto Dalcroze de París para sus ensayos. Éstos se hicieron después en un hangar de aviones abandonado, que fue desmontado y reerigido en los terrenos del castillo, equipado con estufas, una fuente, ventanas con cristales coloreados y una tarima revestida de bellas alfombras alrededor de la sala. El suelo de este edificio —conocido como Casa Estudio— se hizo aplanando y secando la tierra sobre la cual descansaba la estructura; las paredes se decoraron con dibujos y textos, como un enorme muestrario exótico. Tenía capacidad para trescientas personas.

Las acostumbradas mentiras y trampas empezaron de inmediato, con un nuevo prospecto del instituto en el que se decía que el número de miembros en todo el mundo era de cinco mil, que disponía de personal residente experto en todas las áreas concebibles y un departamento médico en el cual los pacientes podían seguir tratamientos de psicoterapia, hidroterapia, magnetoterapia, electroterapia, dietoterapia y dulioterapia. La realidad es que el personal lo formaban Gurdjieff y sus discípulos más antiguos: Stjoernval, los Hartmann y los Salzmán; el programa del instituto era más bien un refrito exótico de la doctrina teosófica y los ejercicios sufíes, y el número total de asociados apenas rebasaba los 150. Pero como la divergencia entre apariencia y realidad era uno de los temas más serios del Maestro, quizá estas mentiras fueran verdad.

De los más o menos 150 discípulos, cuarenta llegaron a residir en el Priuré (aunque el número fluctuaba considerablemente), creando una extraña mezcla, con casi la mitad de ellos procedentes de Rusia y Europa Oriental y la otra mitad de las clases medias-altas inglesas. La mayoría de los orientales eran eslavos y armenios y casi ninguno hablaba francés o inglés. En 1923 vinieron a unirse a ellos desde Georgia los miembros supervivientes de la familia de Gurdjieff. Ya que no otra cosa, el contingente oriental puso el necesario color exótico al instituto. Apartados de los demás, pocos aprendieron francés y, cuando el Maestro periódicamente los ponía de patitas en la calle, no sabían qué hacer. Cuando no era así representaban sus

danzas sagradas y vivían de su generosidad.

Treinta años antes, la mayoría del contingente inglés habría estado por la teo-sofía y, en efecto, muchos de ellos eran miembros descontentos de la Sociedad que buscaban una doctrina más rigurosa y una disciplina personal más estricta. Habían acudido al lugar adecuado. Porque Gurdjieff ofrecía precisamente lo que le faltaba a la teosofía: dureza, dificultad, ilusión, novedad y la singular mezcla de control compasivo y libertad estimulante que sigue cuando alguien abandona la vida cómoda y se somete a la voluntad de otro. Sobre todo, Gurdjieff facilitaba exactamente lo que muchos teosofistas, disciplinados o no, habían buscado inútilmente desde siempre: el contacto con un Maestro de Sabiduría; un ser que, aunque no fuera uno de los Hermanos Inmortales, estuviera en directa comunión con ellos o con lo que quisiera decir Ouspensky cuando se refería a la Fuente. Pero la autoridad de Gurdjieff sólo procedía en parte de esta comunión. Lo realmente importante era su propia personalidad, el poder que persuadía incluso a muchos de sus enemigos de que era una fuerza con la que había que contar. Nada menos que la absoluta sumisión a lo que exigía.

La vida en el Prieuré siguió las pautas establecidas en Brocton y Essentuki, con los residentes viviendo bajo un asedio permanente, pues así era en cierto sentido. El enemigo era el mismo Gurdjieff. Imponía su acostumbrado e intermitente despotismo benévolo, insistiendo ahora en que los inquilinos observaran no sólo su voluntad arbitraria sino también una serie de reglamentos carcelarios administrados por subordinados. Estos reglamentos prohibían que los discípulos estuvieran en determinados lugares a determinadas horas o que abandonaran el sitio sin autorización. También abarcaban la vida diaria en la casa o el huerto. Muchas habitaciones estaban lujosamente amuebladas porque Gurdjieff había comprado parte del mobiliario con la casa, pero estaban reservadas a visitantes ricos, a recién llegados y, ocasionalmente, a discípulos favoritos y, por supuesto, a Gurdjieff. Los demás moradores las bautizaron «el Ritz», pues ellos estaban relegados a las buhardillas que daban al justamente llamado Corredor del Monje, donde estaban separados por sexos y dormían con austeridad monástica. Los niños vivían separados de los padres en una pequeña casa que había en el parque y cuidaban de ellos adultos en régimen rotativo. Aunque la rutina en el Prieuré cambiaba de vez en cuando según el capricho del Maestro, el modelo básico era previsible y espartano. El trabajo empezaba después de un desayuno de café y tostada seca entre las seis y las siete de la mañana. Continuaba hasta el almuerzo a mediodía. Éste solía consistir en pan y sopa. Se trabajaba algo después del almuerzo y, luego, los discípulos tenían tiempo libre hasta la cena a las siete. A la cena, a partir de las nueve, le seguían ejercicios gimnásticos, danzas, charlas y discusiones, que a menudo se prolongaban hasta las tres o las cuatro de la madrugada. Este régimen era para los días laborables. Los sábados podían variar con baños comunales rusos y fiesta con danzas cuando Es-parta daba paso a la Rusia Central. Las visitas de

forasteros distinguidos solían estar acompañadas de banquetes. Por otro lado, Gurdjieff imponía un severo ayuno en cuaresma: una lavativa seguida de varios días con sólo naranjas y leche agria, varios días más sin nada, un día con caldo y otro día con un filete de buey. El domingo siempre era día de descanso.

Los discípulos que cocinaban y limpiaban las habitaciones tenían que trabajar duro. Para preparar el desayuno, el cocinero tenía que levantarse a las cuatro y media para encender los fogones, llenar las carboneras, hacer el café y tostar el pan. Inmediatamente después del desayuno, había que poner a hervir a fuego lento sopas de veinticinco litros y dejar limpias las cocinas. Mientras unos discípulos cocinaban, otros cultivaban el huerto, cuidaban el gallinero o mataban un pollo, cortaban leña, pulían muebles y suelos y hacían reparaciones en la casa.

En acusado contraste con las tendencias espirituales y desencarnadas de la teo-sofía, que desdeña la existencia humana y la considera una desafortunada necesidad en el esquema de las cosas, la Obra, como se la llegó a conocer, ponía el acento en el trabajo físico y en los proyectos comunales. Mientras los seguidores de Keyserling se entregaban al diálogo aristocrático y los de Steiner buscaban a Dios en el arte y las buenas obras, los discípulos de Gurdjieff vivían en un frenético y agotador trabajo, reuniones de grupo y ejercicios psicológicos que pretendían despertar al alma de su letargo. Era esto, y no sus elaboradas doctrinas, lo que atraía a los miembros del contingente inglés, hastiados casi todos ellos de la vida de la clase alta británica. Estos hombres y mujeres venían del mundo cómodo satirizado en las novelas de Aldous Huxley, D. H. Lawrence y E. M. Forster: un mundo donde los criados hacían todo para sus amos, salvo sus funciones corporales, y los amos, por tanto, languidecían espiritualmente.

A. R. Orage fue uno de los primeros discípulos en llegar al Prieuré. Vio su aventura como una heroicidad. Al dejar Inglaterra para ir al Prieuré, dijo a su fiel secretaria de la Little Review que «iba en busca de Dios». Cuando llegó al castillo sin más equipaje que su deseo en el corazón y un ejemplar milagrosamente apropiado de Alicia en el País de las Maravillas en el bolsillo, quedó sorprendido al comprobar que la búsqueda de Dios consistía en cavar cada día un agujero sin propósito alguno.

Cuando Orage se quejó al Maestro de la depresión y el cansancio causados por semanas de trabajar sin sentido, Gurdjieff le dijo que dejara de gimotear, volviera al trabajo y cavara con más fuerza. Orage, casi exhausto y a punto de rebelarse, obedeció y, cuando parecía que no iba a poder más, superó la barrera del dolor y empezó a sentir una profunda satisfacción en una tarea que ya no era agotadora, en el trabajo bien hecho y en obedecer a la voluntad de su amo.

Imponer tareas imposibles no era la única manera de Gurdjieff para crear conflictos. Le encantaba insistir en el régimen insoportable, humillar a sus discípulos en público e incluso alentar las riñas entre ellos. Se suponía que todo esto era parte de una gran

estrategia terapéutica y de un tratamiento de choque que tomaba oficialmente la forma de ejercicios mentales, emocionales y espirituales.

Los ejercicios, que ocupaban gran parte del día de quienes no hacían labores domésticas o agrícolas, iban desde simples penalidades, como el cavar de Orage, a tareas complicadas y confusas. A las señoras de la buena sociedad, que no habían trabajado un solo día en sus vidas, las ponía a pelar patatas o a escardar un macizo de flores con una cucharilla de té mientras aprendían algunas palabras tibetanas o memorizaban el código Morse. A otros les ponía complicados ejercicios de aritmética mental mientras ejecutaban determinados movimientos. Un médico de Harley Street era el encargado de encender la caldera, había escritores que cocinaban y cortaban leña, un eminente psiquiatra apilaba estiércol o fregaba el suelo de la cocina. El lugar poseía el ambiente de un internado salvaje gobernado por un director demente aunque genial, y a casi todos los discípulos les gustaba... duran-te un tiempo.

La personalidad se tenía en cuenta a la hora de asignar una tarea. Gurdjieff ignoraba la distinción habitual entre lo importante y lo trivial, entre lo serio y lo cómico. A los individuos encargados de hacer un trabajo se les decía que lo hicieran en la mitad del tiempo acostumbrado, después en la cuarta parte. A otros se les ponía a trabajar en grupo con personas que aborrecían. A los intelectuales se les prohibía leer y a las almas sensibles se les ordenaba que limpiaran establos y mataran animales. El principio pedagógico básico era la contradicción: haz lo que aborreces, cualquier cosa que parezca odiosa. Haz lo imposible; luego, haz más; o trabaja en dos tareas imposibles al mismo tiempo.

Los ejercicios se basaban en dos principios. Primero, la necesidad de sufrir voluntaria y conscientemente, que Gurdjieff decía que había que soportar para despertar a la realidad y permanecer despiertos. Pero pocos individuos pueden lograrlo por sí solos. Por lo tanto, venía el segundo principio: ese sufrimiento debe infligirlo un maestro a quien se deba obediencia absoluta. De aquí la necesidad de la «escuela». Sin fe en el maestro, decía Gurdjieff, no hay prueba de una voluntad real de sufrir. Como hemos visto, Ouspensky ya se había rebelado contra esta receta en diversas ocasiones. Otros quedaban perplejos cuando Gurdjieff señalaba maliciosamente que la inclinación de sus discípulos a obedecerlo, por caprichosas que fueran sus órdenes, demostraba que necesitaban y merecían su sufrimiento. La rebelión se premiaba a veces con el destierro, otras veces con el anuncio de que a la larga el rebelde había hecho algunos progresos, había aprendido a valerse por sí mismo.

Los efectos de esta enseñanza eran variados. Las damas de la buena sociedad encontraban a veces que, efectivamente, se sentían más conscientes durante un día o dos, pero el efecto desaparecía en cuanto regresaban a París o Londres, cosa que solía ocurrir cuando el Maestro las insultaba según tenía por costumbre. Porque Gurdjieff no sólo creía que debía dificultar la vida de sus discípulos, sino

que él mismo debía ser difícil. No tenía tiempo, decía, para gente frívola, aunque no hacía ascos cuando recibía el dinero de ellos: «esquilar sus ovejas», eran sus pala-bras.

Los estudiantes serios pensaban que hacían progresos espirituales bajo esta tortura, pero eso era sólo al principio. Gurdjieff siempre encontraba nuevas pena-lidades para ellos, llevándolos bajo su férula hasta el límite e incluso más allá. No había posibilidad de relajarse. El lema era vigilancia constante, esfuerzo constan-te, lucha constante. El periodista Carl Bechofer Roberts, colega de Orage, que había conocido a Ouspensky y a Gurdjieff cuando fue corresponsal en la guerra civil rusa, describe al Maestro acuciando constantemente a sus discípulos ingleses con las palabras «corriendo» y «más rápido» . Si ésta era la estrategia del Cuarto Método, también era un darwinismo espiritual que se había vuelto loco.

En su forma extrema, es indudable que la enseñanza de Gurdjieff tuvo serias consecuencias para quienes fueron incapaces de resistir o escapar del Maestro y se produjeron crisis nerviosas e incluso hubo sospechas de suicidio entre sus discípu-los . Pero estas consecuencias daban la medida de su poder. Puede decirse, por supuesto, que las crisis y los suicidios hubieran ocurrido siempre, que, en tales casos, son precisamente los neuróticos y vulnerables quienes se sienten atraídos por un hombre semejante. Una vez bajo su hechizo, muchos discípulos, los más débiles y crédulos, pensaban que Gurdjieff poseía poderes divinos. Explicaban cuanto sucedía atribuyéndolo a su voluntad. Cuando, por ejemplo, los liberaba de una tarea penosa que les había impuesto, era como si una deidad benévola hubiera intervenido en sus vidas. Alguno llegó incluso a achacar a su brujería que funcio-nara el motor de un coche en no muy buen estado.

La mezcla de seriedad y frivolidad escandalosa es eJ enigmático sello de Gurdjieff y sobre ello disponemos de material abundante. A los periodistas les encantaba el Prieuré que, entre 1922 y 1925, figurará profusamente en los diarios populares. Tanto el Daily Mirror como el Daily News publicaron artículos sobre Gurdjieff, atribuyendo cualquier cosa al Prieuré, desde el satanismo hasta el nu-dismo. Un trabajo más digno, aunque no menos inexacto, apareció en el New Sta-tesman, que hizo famosos a los moradores del Prieuré al llamarlos «Filósofos sel-váticos» . Pero, por más que la prensa deformara sus actividades, Gurdjieff les hacía el juego para obtener notoriedad. Como a HPB, le gustaba confundir el tema con historias escandalosas sobre su persona. Pero gran parte de las noticias se de-bían al interés que despertaban los ricos y aristocráticos patrocinadores de Gurd-jieff, más que la Obra misma. Una gran noticia fue, por ejemplo, la visita que hizo lady Rothermere para inspeccionar su inversión en enero y febrero de 1923.

La aparición de Gertrude Stein y Upton Sinclair en el Prieuré también atrajo la atención de la prensa, así como una breve visita de Diaghilev, que estuvo conside-rando la escenificación de las

danzas sagradas. Pero la gran mayoría de visitantes era de menor celebridad. J. G. Bennett permaneció durante cinco semanas en el verano de 1923 y el mismo año, más tarde, Gurdjieff acogió por breve tiempo al Obispo Wedgwood, que trataba de pasar inadvertido después del último escándalo. Mucha gente acudía desde París en coches lujosos para pasar el día o la tarde y ver los ejercicios y danzas, y Gurdjieff y el Prieuré se pusieron de moda como parte del circo parisino.

Los visitantes eran agasajados con ricos manjares y vinos y si se quedaban a pasar la noche eran alojados, por supuesto, en el Ritz. Pero la comida y los halagos de Gurdjieff no complacieron a todos y muchos se preguntaron si la complacida cortesía y las historias fantásticas del anfitrión no eran más que formas para burlarse de ellos. Algunos visitantes mostraron una franca hostilidad. D. H. Lawrence y su esposa Frieda, curiosos del nuevo gurú y padre de la tierra, de quien hablaban tantos amigos, e incitados por Mabel Dodge Luhan —que cometió el error de pensar que la agresividad de ambos daría lugar a una afinidad entre ellos— visitaron el castillo en enero de 1925. Aborrecieron cada minuto pasado en él. Lawrence calificó el Prieuré de «lugar corrompido, falso, inseguro» lleno de gente «que representa un espectáculo bochornoso». Lo único que sorprende de esta reacción es que alguien hubiera esperado que Lawrence y Gurdjieff iban a llevarse bien: eran rivales y no almas gemelas. Otros compartieron el escepticismo de Lawrence, aunque pocos lo expresaron con el lenguaje violento de Wyndham Lewis, que dijo del propietario del Prieuré que era un «estafador psíquico levanti-no». Bechofer Roberts, más temperado y divertido, describió a los ingleses del Prieuré como «Micawbers místicos [esperando] pacientemente que ocurriera algo sobrenatural».

Quien esperaba con casi absoluta certeza que ese «algo» fuera la muerte fue la más famosa residente del castillo, Katherine Mansfield, que murió allí. Mansfield fue a Fontainebleau por consejo de Orage, que había publicado los primeros relatos de ella en el *New Age*. Cuando llegó al castillo estaba gravemente enferma de tuberculosis y sabía que le quedaba poca vida. Durante todo el año anterior, tal como escribió a Dorothy Brett, estuvo esperando un milagro, un médico que la curara. Al mismo tiempo, sospechaba que necesitaba curar algo más que el cuerpo, como si, al final de su vida, empezara a identificar su propia curación con la del mundo. Por lo menos, quería un médico en quien pudiera creer, que fuera simpático y comprensivo, no un mero clínico, un hombre poderoso más que un hombre hábil.

Su primer candidato fue el doctor ruso Manoukhin, que trataba a sus pacientes con rayos X dirigidos al bazo. Fue su amigo Serge Koteliensky quien le recomendó a Manoujin, y Mansfield, que sentía debilidad por los rusos, lo tomó por una especie de Chejov: tierno, prudente y poderoso. Fue a París en 1922 para verlo y el médico le prometió que la curaría. A pesar de que informó de la buena noticia a su marido, Middleton Murry, Mansfield escribió en su diario que no las tenía todas consigo. Por una parte, veía al médico

como a una buena persona, pero, por otra, lo consideraba un impostor sin escrúpulos. Empezó su tratamiento, pero, al mismo tiempo, consultó a un médico en Inglaterra.

También tomó otras medidas. Cuando empezaba su tratamiento con Manoujin, Orage le envió un libro anónimamente publicado sobre el control psíquico de las enfermedades físicas. La anatomía cósmica o la estructura del ego, de Lewis Wallace, uno de los patronos de New Age, produjo una profunda impresión en Mansfield, que copió algunos párrafos en su diario. Pero Wallace pronto sería sustituido por Gurdjieff.

Mansfield llegó a París a principios de octubre, justo cuando Gurdjieff se estaba instalando en el castillo. Orage llegó a la ciudad el día 14, en route del Prieuré, y otros discípulos de Gurdjieff visitaron a Mansfield en su hotel. Se trasladó al castillo el 17 de octubre, donde la instalaron en el Ritz, y enseguida se sintió atraída por Gurdjieff, aunque en su primer encuentro lo describe parecido «exactamente a un jeque del desierto». Hacía frío en la mansión —las fuentes ya estaban heladas— y recibió con agrado la ropa de abrigo que le envió su amiga Ida Baker desde París; estaba cómoda y aparentemente feliz, aunque sus cartas revelan una irritabilidad comprensible. Sólo le quedaban unas pocas semanas de vida.

Quizá febril sea la palabra que mejor defina su estado. Escribió varias veces a Ida Baker en estilo gurdjieffiano, reprochándole su carácter egoísta:

¿Por qué eres tan trágica? No sirve de nada. Sólo para fastidiarte. Si sufres, aprende a entender tu sufrimiento, pero no te rindas a él. La parte tuya que vive en mí ha de morir y, entonces, nacerás tú. ¡Acaba de una vez con la muerte!

Mansfield hizo cuanto pudo para revivir en el Prieuré, a pesar de que poco después la trasladaron del Ritz a un pequeño dormitorio que daba al corredor general del piso superior, con el suelo de madera desnudo y una tosca mesa. (Volvió al Ritz en diciembre, cuando su agravamiento se hizo evidente.) Para aumentar las dificultades, Gurdjieff cambió la rutina de los residentes, anunciando que, en adelante, el trabajo diario de mantenimiento de la casa se haría por la noche. Mansfield tuvo que lavar zanahorias en agua fría a medianoche y compartir la parca comida de los demás discípulos, un cambio brutal con respecto a su régimen de los anteriores meses: «Comes lo que te dan y se acabó».

Todos participaban rotativamente en la cocina y en todos los quehaceres de la casa. El castillo se gobernaba como una auténtica comuna y las tareas inútiles —como el cavar de Orage— eran, pensaba ella, la excepción. Había que cultivar verduras, cortar leña para calentarse, hacer reparaciones y mantener un enorme jardín y el parque. Gurdjieff tenía hasta ganado, como vacas, que entraron en la vida de Mansfield cuando el Maestro le ordenó que pasara parte del día en una plataforma construida especialmente encima del establo

para que respirara los olores: un remedio tradicional de los campesinos de la Europa Oriental, según cuenta uno de los biógrafos de Mansfield, que dice que la escritora no explica nada de sus efectos en sus cartas y diarios. El pequeño balcón se adornó y pintó con pájaros e insectos, y se habilitó con alfombras y colchones. Dos de las discípulas, Adèle Kafian y Olga Ivanovna Hinzenburg (que luego se casaría con Frank Lloyd Wright), se encargaron de cuidar de ella.

Mansfield, ciertamente, cambió en las últimas semanas de su vida. Veía a Orage casi todos los días. En sus conversaciones, se refería a su antigua personalidad como ya muerta: «La lamentable y difunta Katherine Mansfield». Estaba arrepentida de la parcialidad y malicia de sus primeros escritos y quería convertirse en una nueva escritora, con personajes que lucharan con los conceptos gurdjieffianos de conciencia y autorrecuerdo, en historias donde ella «mostraría a Dios». No fue posible.

Gurdjieff era un apasionado de los banquetes y fiestas de todo tipo, especialmente en Navidad, que celebraba con complicadas decoraciones, ceremonias y comidas. Mansfield se unió a la festividad, esperando llegar incluso al Año Nuevo ruso, el 13 de enero, día en que se inauguraría el pequeño teatro del Prieuré e invitó a su marido para la ocasión. Murry llegó el 9 de enero y encontró en ella «un ser transformado por el amor». Mientras Mansfield vivía en el Prieuré, Murry había seguido su propia búsqueda de Dios en una casa de campo de Ditchling, Surrey, con una versión provinciana inglesa de Gurdjieff, Miller Dunning, que practicaba el yoga y acababa de publicar su tratado místico *El espíritu de la Tierra* (1920). Dunning dijo a un amigo que la enseñanza de Ouspensky era pecado. Favorablemente impresionado por Gurdjieff en el momento de la muerte de su esposa, Murry despreciaría después la Obra, calificándola de «charlatanería espiritual».

Aquella noche hubo baile. Cuando acabó, Katherine fue a subir con su marido a su habitación, pero en la escalera le sobrevino un espasmo de tos. Cuando llegaron a la habitación, la sangre manaba de su boca y a los pocos minutos estaba muerta, recién cumplidos sus treinta y cinco años. Fue enterrada tres días después, el 12 de enero de 1923, en el cercano cementerio protestante, en presencia de su esposo, sus hermanas y unos pocos amigos del castillo, entre ellos Gurdjieff, que quizá interpretó la corta vida de ella como un presagio para el Prieuré.

Después del brillante inicio, la comunidad no tardó en tener dificultades económicas. Las actividades de Gurdjieff siempre eran muy caras y los gastos de mantenimiento de un establecimiento que a menudo contaba con cuarenta residentes permanentes y cien estudiantes externos debieron ser altos, por más que los internos hicieran todo el trabajo doméstico e intentaran producir parte de los alimentos. Según los informes de prensa, había una cuota fija de estancia en el instituto, un mínimo de 17 libras y 10 chelines mensuales para los discípulos ordinarios y muchísimo más para los

ocupantes ocasionales del Ritz, además de los elevados honorarios que el propietario recibía por las curas que hacía con alcohólicos y drogadictos. También los seguidores ricos continuaron ayudando de forma esporádica y parece que algunos que quisieron residir en el Prieuré largas temporadas llegaron a invertir su propio capital. El problema real, sin embargo, era el mismo Gurdjieff. Los gastos ordinarios de mantenimiento del castillo eran nimios al lado de los ocasionales dispendios, enormes e incontrolados, del propietario. Como Blavatsky, Gurdjieff vivía para el momento, y cada momento implicaba lujosos gustos personales y grandes ideas. Bebía cantidades enormes de coñac, viajaba bastante y celebraba innumerables banquetes. También era generoso con los discípulos. Cuando había dinero disponible, en lugar de pagar las cuentas, lo despilfarraba, por ejemplo, en un número desorbitado de bicicletas, en unas vacaciones para los residentes favoritos o en un reparto general. Al regresar de un viaje, convocó a los residentes a una reunión y pidió al encargado que escribiera en un cuaderno negro las faltas cometidas por cada uno. Luego dio a cada discípulo un «dinero de bolsillo» en proporción inversa a su buena conducta, dejando a todos sorprendidos. Aunque Gurdjieff tenía un buen olfato para los negocios y era un genio para conseguir dinero, los fondos siempre eran insuficientes. Muchos miembros de la comunidad, entre ellos la familia del Maestro y los empobrecidos seguidores rusos, no estaban en disposición de contribuir más que con su trabajo y sus estómagos vacíos. La necesidad constante de más dinero para el Prieuré (y para él mismo), alejó cada vez más a Gurdjieff de su enseñanza. En este momento, la relación enigmática entre la pedagogía de Gurdjieff, su conducta errática y los problemas económicos se hace impenetrable. Entre 1917 y 1922 se podía creer que las dificultades que tuvieron que afrontar sus discípulos formaban parte de un gran plan dispuesto para despertarlos de su letargo: Gurdjieff utilizaba las dificultades del momento en provecho de ellos. Pero también es cierto que gozaba viviendo al día y continuó igual cuando la situación fue menos frenética. La improvisación y lo inesperado pudieron ser vitales en su método, pero también respondían a su modo de ser. Ouspensky había entendido esto desde el principio y lo llevó a distinguir entre el hombre y su método. Una vez establecido en Francia —y, en realidad, durante el resto de su vida— Gurdjieff optó por vivir de manera pródiga. Puede creerse que semejante imprudencia terminó por destruir todos sus grandes proyectos, como el del Prieuré. Pródigo con el dinero, caprichosamente desconsiderado con sus protectores potenciales, chocante, desagradable y maleducado, propenso a cambios bruscos de humor y de intereses, el carácter del propio Gurdjieff fue el origen de todos sus problemas. A pesar de esto, para sus admiradores estaba claro que en este vivir arriesgado e improvisado estaba el origen del efecto electrificante que producía en ellos. Lo que Gurdjieff producía en los demás era vitalidad, ilusión, un sentido elevado de ser. La distribución de bicicletas no era importante en sí misma; lo importante era la constante expectativa de lo ines-

perado.

La única manera de pagar sus extravagancias era explotar el oro americano. En diciembre de 1923 envió un grupo de reconocimiento para preparar el camino, formado por su viejo amigo Stjoernal y A. R. Orage, convertido en su nuevo Juan el Bautista. Orage, que anunció en EE.UU. que «al menos uno de los viajes de predicación de Jesús fue costado por mujeres ricas», estaba perfectamente preparado para esta nueva tarea y pronto empezó a despertar interés con ayuda de sus antiguas relaciones intelectuales y periodísticas. Pero la naturaleza descarada-mente propagandística del viaje contrasta con la práctica sigilosa anterior (y poste-rior) de Gurdjieff, haciendo siempre hincapié en la dificultad, seriedad y exclusividad de la Obra. Los viajes americanos a finales de la década de 1920 tuvieron el claro propósito de popularizar la doctrina de Gurdjieff y en dicho aspecto fueron un fracaso.

En la primavera de 1924, el Maestro llevó consigo a EE.UU. entre treinta y cuarenta discípulos para hacer representaciones públicas de las danzas sagradas. A pesar de la publicidad previa, las entradas gratis, el público receptivo y la notable presencia de un policía, enviado por las autoridades para comprobar que no había demostraciones eróticas en el escenario, la visita no alcanzó un éxito popular. Los periodistas se divirtieron contando historias fantásticas del Priuré que pasaron desapercibidas para el gran público.

Pero el asunto fue distinto entre los intelectuales. El crédito le corresponde a Orage, que presentó a Gurdjieff a sus muchos contactos literarios, la mayoría de los cuales mostraron un gran interés. En noviembre de 1924, Orage siguió a la visita de su maestro y regresó a EE.UU. para establecer una red de grupos gurd-jieffianos. En diciembre de aquel año publicó un artículo, «La religión en América», en el New Republic, el primero de los muchos artículos que subrayan, unas veces tácitamente, otras, explícitamente, la necesidad de un hombre como Gurd-jieff. También consiguió una nueva cofrade, Jessie Dwight. Orage la había conocido en la librería Sunwise Turn, donde se citaba con sus conocidos durante su visita de 1923. Era copropietaria de la tienda y uno de sus empleados temporales, C. S. Nott, también se convirtió en ferviente seguidor de Gurdjieff. No tardó mucho Orage, con la ayuda de Nott, en reunir un puñado de discípulos distinguidos y observadores interesados. El novelista y crítico Waldo Frank llegó a Gurdjieff después de leer el Tertium Organum de Ouspensky. Frank estaba casado con Margaret Naumberg, fundadora de una escuela en Nueva York que basaba su pedagogía en el psicoanálisis y en las teorías educativas de Steiner y del filósofo norteamericano John Dewey. Frank era un visionario que estudiaba misticismo y religiones orientales; él y su amigo Gorham Munson conocieron la obra de Ouspensky por el poeta Hart Crane, un breve visitante de la Obra. Frank, Munson y Crane se habían ocupado de la interpretación mística de la historia de América, en la cual América aparece como un lugar ideal, donde la regeneración espiritual, imposible en el viejo mundo, es una

posibilidad real. Pensaron que Gurdjieff podía ser el agente de esta renovación espiritual. Otros escritores, como Zona Gale, Kenneth Burke, Schuyler Jackson, Carl Zigrosser y Muriel Draper (en cuyo estudio se hicieron muchas reuniones), se mostraron más reservados, aunque sus obras muestran trazas de la influencia de Gurdjieff. Herbert Croly, director del *New Republic*, también siguió la Obra durante un tiempo, pero seguía buscando el viejo grial que uniera la ciencia y la religión y el ejemplo de Gurdjieff no le fue de gran ayuda.

Croly fue un conservador, una figura pública, preocupado por la renovación social. En el otro extremo del espectro político estaban Jane Heap y su amiga Margaret Anderson. Heap y Anderson eran las directoras de la influyente *Little Review*. Esta revista radical, fundada por Anderson en 1914 —año dorado de las revistas literarias— se ocupó al principio de temas políticos y literarios con una clara orientación izquierdista. Pero cuando Anderson conoció a Heap en 1916, se ocupó más de temas morales y religiosos. Bajo la influencia de Gurdjieff, los temas públicos desaparecieron totalmente para dar paso a temas privados. Heap era la personalidad más fuerte, ayudó a Anderson cuando tuvo dificultades y, más o menos, se hizo cargo de la revista después de la Primera Guerra Mundial. Sus vínculos con el Priuré se reforzaron cuando los sobrinos de Anderson, Tom y Fritz Peters, se alojaron allí después del divorcio de sus padres. El interés de Heap por el Priuré se vio estimulado aún más por su amistad con Georgette Leblanc, antigua amante de Maeterlinck, convertida en devota seguidora de Gurdjieff. Las tres amigas fueron las líderes de un grupo lesbiano de la Obra que funcionó en París durante las décadas de 1930 y 1940.

Quizá el miembro más interesante de este círculo de escritores e intelectuales norteamericanos fue Jean Toomer, una mestiza maldaptada, cuya única novela publicada, *Cane* (1923), causó bastante conmoción. Durante varios años, Toomer fue la más ferviente seguidora de Gurdjieff, que la empleó para que consiguiera dinero y prosélitos para la Obra. Mabel Luhan fue una fuente de dinero. Se interesaba por cada nuevo proyecto, charlando vivazmente mientras su marido indio de aquel momento, Tony, permanecía sentado en silencio. El fracaso de su intento para que D. H. Lawrence se interesara por Gurdjieff no mermó en nada su entusiasmo, en parte porque estaba encaprichada de Toomer.

Gracias a Toomer, la siempre generosa Mabel llegó a ofrecer su famoso rancho de Taos como lugar para un instituto de Gurdjieff, más 15.000 dólares para dotar una fundación. Gurdjieff, como era en él característico, rechazó el rancho, pero cogió el dinero para financiar la publicación de las obras literarias que decía iba a escribir. Poco después decidió aceptar el rancho, pero ya no estaba en oferta. Aunque uno de los últimos y más chiflados seguidores de Ouspensky estableció un instituto en México, es difícil imaginarse a Gurdjieff rodeado de cactus.

Casi todos estos contactos fueron facilitados por Orage, que se quedó como maestro por su propia cuenta en EE.UU. cuando Gurdjieff

regresó a París. Aunque enseñaba las ideas de Gurdjieff, lo hacía a su manera. Por su carácter, intelectual autodidacta, apasionado del orden y la coherencia, Orage estaba más cerca de Ouspensky que de Gurdjieff. De la misma manera que Ouspensky había ordenado las ideas de Gurdjieff en un sistema de relaciones lógicas con una jerarquía de conceptos, Orage convirtió la obra de su maestro en un esquema claramente definido y lo expuso a su grupo. Pero, por otra parte, Orage se asemejaba a su maestro en el poder hipnótico de su personalidad y en su tendencia a dominar a los demás, fuera por encanto o a la fuerza, aunque le faltaba la grosería del maestro. Fueron Orage y Ouspensky quienes interpretaron a Gurdjieff para el gran público en la década de 1920.

El papel de Orage iba a ser decisivo cuando los breves días de gloria del Priuré se vieron interrumpidos de una manera típicamente violenta. En julio de 1924, poco después de su regreso de América, Gurdjieff tuvo un extraño accidente en la carretera de París a Fontainebleau. Gurdjieff conducía igual que vivía. Siempre que decidía ir de excursión, se elegía a los acompañantes, se atiborraba el coche de equipaje y comidas exóticas, y salían para Vichy o Niza a velocidad de vértigo con Gurdjieff al volante. Se negaba a reducir la marcha cuando lo indicaban las señales de tráfico o a tener en cuenta la cantidad de gasolina que hubiera en el depósito. Cuando se quedaba sin gasolina, cosa que siempre ocurría, uno de los acompañantes tenía que caminar hasta un taller y traerse a un mecánico, porque el conductor insistía que se trataba de una avería. Si pinchaba una rueda, se cambiaba, pero la rueda pinchada no se reparaba. Cuando las dos de repuesto estaban inservibles, los siguientes pinchazos había que arreglarlos en route. Cada camino equivocado, cada avería, exigía una parada para que los pasajeros bajaran y discutieran lo que había que hacer, mientras Gurdjieff dirigía la operación o esperaba sentado en silencio presenciando la discusión. Cuando llegaban a su destino, invariablemente con todos los hoteles cerrados, ordenaba que alguien llamara al director del mejor hotel, a quien Gurdjieff encantaba invitándolo a una copiosa y complicada cena, haciendo brindis interminables y dando propinas excesivas a los camareros con cualquier pretexto. A los pocos días, el grupo atiborraba de nuevo el coche y se repetía todo el proceso en el viaje de regreso a Fontainebleau.

En esta ocasión, Gurdjieff viajaba solo. Las circunstancias del accidente nunca se aclararon ni se aclararán, pero su misma oscuridad es parte importante de la mitología de Gurdjieff. Era costumbre que, a mitad de semana, el Maestro fuera a París, donde tenía un piso, dejando el Priuré a cargo de su fiel y devota señorita Ethel Merston, una inglesa de origen portugués y alemán-judío, que más adelante sería discípula de Sri Ramana Maharshi. Gurdjieff solía llevar en estos viajes a Olga Hartmann, como acompañante-secretaria, pero el 5 de julio de 1924 volvió de París solo, disponiendo que Madame de Hartmann regresara en tren a pesar del calor agobiante del verano. No le dio ninguna explicación de

esto, pero los seguidores de Gurdjieff estaban acostumbrados a respetar todos sus caprichos sin preguntar, que es lo que ella hizo. Ni explicó por qué le pidió al mecánico del Prieuré que revisara con especial cuidado el coche antes de salir, o por qué aquel mismo día tomó la curiosa medida de conceder poderes legales a Olga .

Aquella noche se le encontró tendido, bajo una manta, al lado de la carretera y cerca del coche estrellado, con la cabeza sobre un cojín y, al parecer, gravemente herido y conmocionado. Por qué estaba allí y no en el coche destrozado, o simplemente despedido a un lado, no se supo nunca. Hay quienes suponen que un amable viandante le puso el cojín y la manta mientras iba en busca de ayuda. Otros dicen que un automovilista culpable había puesto cómodo a Gurdjieff antes de salir huyendo para evitar su responsabilidad en el accidente. Pero otros, entre ellos el crédulo policía que lo encontró, atribuyeron al Maestro poderes sobrenaturales para arrastrarse en un esfuerzo titánico desde el coche y acomodarse bajo la manta antes de derrumbarse. El mismo Gurdjieff comentó después que «este mal-trecho cuerpo físico mío se estrelló contra el grueso tronco de un árbol cuando iba en un automóvil a noventa kilómetros por hora» .

Llevaron al Maestro al castillo, aparentemente moribundo. Sin su voluntad que les guiara, muchos residentes del Prieuré cayeron en el desánimo y la apatía. Otros continuaron sus trabajos, como Fritz Peters, que se había tomado a pecho el mandato de Gurdjieff de hacer el trabajo pasara lo que pasara. A sus once años, Fritz era un niño difícil y solitario; cobró afecto por el propietario del Prieuré en el breve tiempo de conocerlo y se tomaba todo cuanto él decía con la mayor seriedad. La tarea que tenía encomendada era segar la enorme extensión de césped del castillo en el menor tiempo posible. Cuando llevaron a Gurdjieff a la casa después del accidente, Fritz siguió cortando hierba con renovada energía. Se había ordenado que Gurdjieff permaneciera descansando en absoluto silencio y Madame de Hartmann pidió al chico que dejara de segar por el ruido que hacía. Se negó: sus órdenes eran cortar la hierba, y es lo que haría sin importar lo que ocurriera. Madame de Hartmann le advirtió de las posibles consecuencias para el paciente, cuya vida peligraba si continuaba el ruido; pero Fritz no estaba dispuesto a ceder. Ya dominaba su tarea y pronto podría cortar toda la hierba en sólo tres días, tal como Gurdjieff le ordenó al principio. Hubo un nuevo contratiempo cuando Gurdjieff, que se iba recuperando, le dijo que tenía que reducir el tiempo de la siega de tres días a uno. Pese a la nueva dificultad, logró hacerlo. Tal era la influencia de Gurdjieff en aquellos que lo amaban .

Sin embargo, hubo quienes se preguntaron si el accidente no había sido una trampa preparada de antemano . Sospechaban que Gurdjieff, por razones personales, había simulado el accidente y exagerado sus heridas. Pero, si fue así, ¿con qué propósito? La respuesta puede estar en los acontecimientos que siguieron. El normalmente activo y bullicioso Prieuré quedó en silencio y casi paralizado, con los discípulos inquietos por lo que les habría ocurrido si el Maestro

hubiera muerto. La realidad es que se recuperó con sorprendente rapidez, un milagro de menor importancia que él atribuyó a su fuerte constitución y a sus poderes espirituales.

Pero, antes de su completa curación, los discípulos, aún afectados por la aparente vulnerabilidad de su hasta entonces invencible maestro, vieron confirmarse sus temores de manera inesperada. En septiembre de 1924, Gurdjieff anunció la «liquidación» del instituto y se deshizo de la mayoría de sus miembros, los rusos entre ellos. En términos generales, aquellos que podían pagarse el sustento y contribuir al mantenimiento general (casi siempre americanos, ricos en dólares en la Europa inflacionaria) se quedaron, y expulsados los demás. No fue la primera limpieza de personal que hizo Gurdjieff. Ya se habían ido muchos el año anterior, cuando empezó la escasez de fondos. Y no sería la última.

Aunque el Prieuré siguió funcionando varios años más, sus días de gloria habían terminado. Señal de ello es que desapareció de las primeras páginas de la prensa popular con la misma rapidez con que había aparecido. Tras la masiva expulsión de 1924, se volvió a implantar el principio de comuna cuando ingresaron unos pocos discípulos. Pero con independencia de lo que significara para ellos, para Gurdjieff el instituto sólo tenía un interés secundario: un lugar donde los discípulos sufrían y merodeaban con la esperanza de alcanzar algunas migajas del banquete esotérico. La atención de Gurdjieff había pasado de la enseñanza a la escritura.

También influyó en el cambio la crisis económica de la década de 1920. Y quizá también la muerte de la madre de Gurdjieff, ocurrida en el Prieuré en 1925, y el cáncer y la muerte de su compañera Madame Ostrowska en 1926. Ambas le habían animado a que se alejara de su misión pública y llevara algún tipo de vida privada. Todos en el Prieuré observaron la desolación del maestro por estas pérdidas, aunque nada le impidió que, durante la larga y dolorosa enfermedad de Madame Ostrowska, tuviera un hijo con otra mujer.

También EE.UU. le afectó. La escritura y EE.UU. están indisolublemente ligados a la carrera de Gurdjieff durante la segunda mitad de la década de 1920. Fueron escritores norteamericanos quienes patrocinaron sus ideas y financiaron sus escritos, y muchos de ellos visitaron el Prieuré. En contacto con tantos escritores, era inevitable que Gurdjieff, siempre dispuesto a aprender de sus experiencias, se volviera también escritor. El cambio de la enseñanza a la escritura, o mejor dicho, de enseñar personalmente a enseñar escribiendo, supuso una nueva orientación, dado su anterior hábito de adaptar su enseñanza a los individuos, porque la escritura sólo puede ocuparse de la doctrina general y no de los casos particulares. Tampoco casaba con su prohibición a Ouspensky y otros de no falsificar su mensaje al ponerlo por escrito. Es probable que esperara cosas más elevadas de su propia obra.

Difundida en manuscritos, facilitó el material de las clases de Orage en EE.UU., en las cuales se leían pasajes en voz alta que

luego comentaba Orage a la luz de su versión del sistema de Gurdjieff. Entre 1924 y 1931, Gurdjieff y Orage pasaron cada vez más tiempo en EE.UU. o con su atención puesta en América. En justa correspondencia, los seguidores norteamericanos cruzaron el Atlántico para encontrarse con su Maestro en París. El Prieuré revivió gradualmente, pero ahora ya no era un centro de poder espiritual, sino un refugio para el entorno que le quedaba a Gurdjieff y una casa de retiro religioso para ricos, norteamericanos despididos que llegaron a pagar cien dólares por una semana de estancia. El régimen de trabajo y banquetes, baños y charlas, continuó de un modo más amable, mientras el Maestro, cada vez más preocupado con sus escritos y las dificultades económicas, pasaba los días en el Café de la Paix o en su equivalente de Fontainebleau, bebiendo café y armañac, rellenando cuadernos y dictando a una sucesión cambiante de amanuenses.

En 1929, Gurdjieff volvía a estar en una desesperada situación económica y decrecía el interés general por la Obra, aunque seguía contando con entusiastas seguidores individuales. Durante la segunda mitad de la década, entre Orage y Toomer recogieron más de 20.000 dólares y otros contribuyeron de acuerdo con sus posibilidades, pero seguía siendo insuficiente. Para recaudar fondos, Gurdjieff estuvo de nuevo en EE.UU. entre enero y abril de 1929, el año del crack de Wall Street y la Gran Depresión.

En los años siguientes volvió varias veces con el mismo propósito, pero su tarea era cada vez más difícil. Por un lado, las clases medias norteamericanas estaban afectadas por el revés bursátil; por otro, Gurdjieff se había enemistado con la mayoría de discípulos y seguidores, salvo Madame de Salzmán. Toomer estaba desilusionada, Ouspensky exiliado, Frank había renunciado a Gurdjieff años antes, amenazándolo con el puño y diciendo a su otrora maestro que volviera al infierno de donde había salido. Hasta los Hartmann habían sido expulsados del paraíso (por «impertinencia», según el malvado Gurdjieff). Thomas de Hartmann permaneció abnegadamente fiel a su maestro desde la distancia y pasó el resto de su vida tratando de explicar conmovedoramente su ruptura con Gurdjieff sin criticar en modo alguno la causa de su pesar. Incluso su esposa siguió visitando regularmente al maestro en el Prieuré, a pesar de que le gritaba cada vez que la veía. La ruptura total llegó el día en que ella se negó a abandonar a su marido, gravemente enfermo, para hacer un trabajo sin importancia que Gurdjieff insistía en que hiciera. Al final, también el fiel Orage fue despedido. La lealtad de Orage había sido probada hasta el límite con las continuas exigencias perentorias de dinero por parte de Gurdjieff, su deliberada grosería con los sensibles discípulos norteamericanos, tan delicadamente cultivados por Orage, y su costumbre de humillarlo tanto en privado como en público. Fritz Peters recuerda una ocasión en el Prieuré, cuando fue llamado a la habitación de Gurdjieff y encontró al Maestro como un poseso, gritando furiosamente a un pálido y tembloroso Orage. Hizo una pausa momentánea para agradecer con una sonrisa encantadora el café que le había traído Fritz, y luego

siguió gritando. El episodio hizo que el muchacho se diera cuenta de las dotes de actor de Gurdjieff, lo mismo que había observado Ouspensky una década antes. Sin duda, Orage aprendió bien la lección, porque, a pesar de su hastío, envió regularmente sus cheques en dólares, aunque, hacia 1929, no sabía si podía seguir tolerando aquel acoso constante.

Jessie Dwight, que ya era su esposa, sí que no podía. Jessie, que detestaba a Gurdjieff, pensaba por su cuenta, y esto precipitó la ruptura. Como exigía la sumisión total, Gurdjieff no podía permitir rivales que absorbieran la atención de sus discípulos. Además, nunca dejó que sus lugartenientes lo abandonaran por propia voluntad y prefería provocar la ruptura como señal de su propia autoridad. Vuelto a EE.UU. en el invierno de 1930, pidió de pronto que los discípulos de Orage firmaran un documento en el que repudiaban a su maestro y su enseñanza. Orage —decía el papel— había caído en el mismo error que Ouspensky: su Sistema nada tenía que ver con Gurdjieff. Era demasiado complicado, demasiado intelectual, demasiado listo. Pero ni siquiera esta jugada espectacular forzó la ruptura. Las diversas reacciones de los discípulos pasaron a un segundo término cuando Orage, que regresó apresuradamente de sus vacaciones en Inglaterra, resolvió la situación firmando voluntariamente el documento, es decir, repudiándose a sí mismo. Magnífico y absurdo como gesto, apenas pasó de eso, pues fue el final de la relación entre ellos, hecha efectiva el 13 de marzo de 1931, la última vez que se vieron. Orage volvió a la teosofía y al periodismo y, aunque fundó otra revista literaria, el *New English Weekly*, adoptó la teoría económica del Crédito Social que también obsesionaba a Ezra Pound, y colaboró con revistas ocultistas, el fuego se había extinguido. Murió en 1934. Aun así, su familia no escapó del largo brazo del Maestro. Cuando, después de la Segunda Guerra Mundial, Jessie Dwight visitó a Gurdjieff en París, quizá con la esperanza de que le explicara su conducta con su marido, Gurdjieff le contó la historia de un hombre brillante, demasiado inteligente para captar las verdades sencillas y la hizo llorar.

Para Gurdjieff, el principio de la década de 1930 fue un verdadero calvario, como si su vida reflejara en su propio curso el paso de la luz a la sombra. Reñido con casi todos sus discípulos importantes y protectores ricos, faltó siempre de dinero, ya no era el milagro diario de la prensa y toda la fama que había tenido se oscurecía rápidamente. Sus antiguos seguidores, contrariados, contaban siniestras historias acerca de los modos amenazadores del Maestro y de su influencia excesiva. Circulaban persistentes rumores de suicidios e hijos ilegítimos. Algunos decían que estaba loco, otros que era un malvado, y todos estaban de acuerdo en que era peligroso conocerlo. Las voces que lo defendían eran enmudecidas, no se escuchaban o, simplemente, estaban pasadas de moda. Ouspensky afirmaba que se había vuelto loco, y sus seguidores ingleses lo interpretaron como una excusa caritativa.

En 1933 perdió el Prieuré, cuando el carbonero de Fontainebleau

obligó a que lo vendiera para pagarle unos pocos cientos de francos . La nimiedad de la deuda y lo desproporcionado de sus consecuencias son típicos de un hombre que gozaba con lo absurdo y los extremos. Sin duda, Gurdjieff pudo haber encontrado una manera de pagar la cuenta, o de hechizar al acreedor como había hechizado a tan-tos otros, pero la verdad es que ya no le importaba. El experimento del Prieuré había durado diez años, más que cualquier otra etapa de su carrera, y había alcan-zado el final de su vida natural. Si permitir que el carbonero forzara la situación por una bagatela era la victoria característica del impulso sobre la prudencia, tam-bién daba a Gurdjieff la oportunidad de presentar lo ocurrido como otro salto triunfante sobre lo desconocido. Al desprenderse del castillo de esta manera apa-rentemente humillante, demostraba su capacidad para sacar provecho espiritual de la adversidad imprevista y del sometimiento a las circunstancias materiales, exac-tamente lo que enseñaba a los demás. Aunque menos espiritual, lo más probable es que estuviera aburrido y cansado. Los discípulos que le quedaban observaron que había perdido la forma física y emocional: obeso, envejecido, aburrido, apático y con frecuencia irritable. La edad era un problema, el dinero otro, pero el principal enemigo era con casi toda segu-ridad el tedio. Gurdjieff necesitaba a sus discípulos, tanto como ellos a él, para combatir la monotonía de la vida. Pero, ahora, hasta la escenificación de lo inespe-rado se había vuelto repetitiva. Pero todavía alentaba el viejo fuego. Una mujer americana, desconocida para el Maestro, sintió que incluso su mirada desde una mesa vecina del restaurante excitaba su «centro sexual» como nunca, un incidente que satisfacía sobre todo su afición a ofender el pudor de los norteamericanos . En otra ocasión, un grupo de ricos y respetables neoyorquinos que comían con Gurdjieff, se sintió escandaliza-do al oírle un recital de sus historias más obscenas, generosamente adornadas con palabras de cuatro letras. Sin embargo, poco a poco, los comensales sucumbieron a su poder de sugestión y se entregaron a una orgía bajo la batuta de Gurdjieff, que la interrumpió brutal y humillantemente con una arenga sobre la esclavitud que el instinto sexual ejerce sobre todos los norteamericanos .

El episodio de la orgía es característico de la necesidad sádica de Gurdjieff de mantener a sus discípulos constantemente alborotados y, en general, de épater les bourgeois. A mediados de los treinta, una noche que tenía que viajar en tren de Nueva York a Chicago con su antiguo discípulo Fritz Peters, casi vuelve loco al pobre joven, primero al pedirle que atrasara la salida del tren para poder despedir-se de la habitual muchedumbre que le deseaba buen viaje, luego despertando a todo el mundo en el tren con su ruidoso avance por el pasillo mientras buscaba su cabina. Una vez en ella, el Maestro siguió hablando, fumando, bebiendo y co-miendo quesos apestosos durante casi toda la noche, causando tanto alboroto que el mozo y el revisor amenazaron con echarlo del tren en la siguiente parada. Con-venido por fin de meterse en la cama, llamó varias

veces al mozo con diversas excusas a lo largo de la noche, y repitió su actuación a la mañana siguiente en el vagón restaurante, pidiendo una comida imposible, exigiendo la presencia del maître para quejarse a gritos de que no tenían lo que él pedía. Durante las dieciséis horas de viaje, Peters sólo pudo consumirse de ira mientras contemplaba el enfado de los demás pasajeros y se juraba que nunca más volvería a ver a su maestro .

Entre 1933 y 1935, Gurdjieff pasó casi todo el tiempo en EE.UU., tratando sin éxito de restaurar su fortuna. A pesar del alejamiento de seguidores tan leales como Orage, Toomer y el iluso Peters, estaba en buena situación para hacerlo. Todavía quedaban grupos de la Obra en las principales ciudades (los restos leales de los viajes misioneros de Orage), que se reunían regularmente para leer y discutir extractos piratas de los manuscritos del Maestro. Pero estas reuniones se dedicaban en su mayor parte a la crítica mutua y a los problemas sexuales. Como observó un antiguo discípulo que asistió ocasionalmente a estas reuniones en Nueva York y Chicago, parecía que habían perdido el espíritu dinámico del fundador y se habían convertido en unas extrañas sesiones de terapia de grupo . Sin embargo, Gurdjieff aún conservaba conocidos influyentes en EE.UU. y bien podía haberse establecido allí. Una de sus más devotas estudiantes era Olga Ivanovna Hinzenburg, que se había unido al Maestro en 1919 en Tbilisi. Vía Constantinopla y el Pneuré, «Olgivanna» había culminado ahora su largo viaje desde sus orígenes aristocráticos montenegrinos en la Wisconsin del Medio Oeste americano, donde mantenía su corte con su nuevo esposo, el sagaz arquitecto Frank Lloyd Wright.

A principios de los años treinta, Wright estaba muy dispuesto a establecer una escuela de arquitectura progresista en Taliesin, su propiedad a orillas del río Wisconsin. Olgivanna estaba igualmente resuelta a que cualquier nueva escuela se gobernara según la regla de Gurdjieff. Wright estuvo de acuerdo, y el resultado fue una comunidad que cultivaba los ideales del Pneuré, aunque organizada y financiada con un sentido más práctico. En Taliesin, el estudio de la arquitectura se convirtió en un modo de vida: la relación entre el espacio, la línea y la materia se vio como un producto espiritual y una función de la sensibilidad orgánica del arquitecto.

Aunque nunca fue, en ningún sentido, discípulo de Gurdjieff (tenía un carácter demasiado dominante para eso), Wright lo admiraba como colega-gurú y cayó bajo su influencia, describiéndolo (después de su muerte) como «el hombre más grande del mundo» , un juicio que se apoya exageradamente en la biografía de Katherine Mansfield escrita por su esposa. Los dos hombres cruzaron el Atlántico para visitarse. Durante la Segunda Guerra Mundial, Taliesin fue el refugio de los Hartmann, Nott y otros exiliados de la Obra, pero es imposible imaginarse a Gurdjieff viviendo allí. Aparte del hecho de que este hijo del desierto del Asia Central se había convertido en un urbanícola a todos los efectos, estaba la presencia rival de Wright. Dos monstruos sacros como ellos jamás habrían vivido en armonía, por mucho que fuera el respeto que se profesaban mutuamente.

Aunque Gurdjieff hubiera aceptado el ofrecimiento, sus visitas a EE.UU. tuvieron que suspenderse temporalmente a causa de una serie de escándalos que afectaron a sus «pacientes» femeninas. Una vez más, para subvenir a sus necesidades, trabajó de curandero, y trató a una mujer de cincuenta años, supuestamente alcohólica, a quien su médico le había prohibido la bebida. En contra de esto, Gurdjieff recomendó una moderada dosis diaria de licores, basándose en que la mujer no era adicta, sino que necesitaba verdaderamente el alcohol para mantener su equilibrio químico; le dijo que siguiera su prescripción en secreto. Así lo hizo ella y pareció que mejoraba, hasta que una amiga le contó al doctor lo del tratamiento alternativo. Éste convenció a la paciente de que Gurdjieff era un charlatán y volvió a prohibirle el alcohol. La mujer murió poco después, aunque nadie pudo establecer con certeza la causa. Una segunda paciente tuvo la fortuna de sobrevivir a su tratamiento, aunque acusó a Gurdjieff de crearle problemas con los médicos; pero una tercera no fue tan afortunada y se suicidó. Es posible que Gurdjieff diera consejos sensatos a sus pacientes, pero fue una imprudencia que se enfrentara con los médicos. Su reputación lo hizo vulnerable a la acusación de haber sido causa de aquellas muertes y las autoridades se lo tomaron muy en serio. Lo encarcelaron por breve tiempo en Ellis Island, como extranjero indeseable, y luego lo expulsaron del país. No volvería a EE.UU. hasta después de la guerra .

Cerradas las puertas de América, exploró por poco tiempo la posibilidad de volver a la URSS. Si bien las autoridades soviéticas dijeron que era posible, también dejaron claro que si volvía debía renunciar a su magisterio y atenerse a la dirección estatal, probablemente un eufemismo para referirse al exilio siberiano o incluso a la liquidación. Es fácil imaginarse a Gurdjieff gozando ante tales riesgos, pero seguramente esta vez se dio cuenta de que los hados no estaban a su favor. En lugar de aceptar lo que los posteriores prisioneros de los campos de concentración llamaron hospitalidad de Stalin, volvió a la aburrida seguridad de su piso en París.

Desechados los viajes americanos y los sueños rusos, París siguió siendo el centro de las actividades de Gurdjieff, donde, como si fuera un imán, atrajo a un grupo de norteamericanos. Vivía en un apartamento diminuto de la calle Labie, pasando casi todo el tiempo en sus cafés favoritos. Su primera publicación tuvo lugar en 1933, un horrible panfleto titulado El Heraldo del Bien venidero, que fue efectivamente el heraldo de varios libros importantes. Trabajó en ellos en su «oficina» del Café de la Paix, donde contemplaba el mundo desde una banqueta, bebiendo cantidades enormes de café y armañac y, como en una parodia de lujo proustiano, regalando a los camareros montones de caramelos y fruta azucarada (una costumbre de toda su vida). Algunas veces atendía a sus discípulos en el café. Abandonó el modelo de las reuniones numerosas y los complicados ejercicios gimnásticos y se limitó a enseñar a individuos y grupos pequeños, en particular a un francés que fue seguido de inmediato

por su más leal lugarteniente, Jeanne de Salzman, y una pandilla pequeña, aunque influyente, de extranjeros, encabezada por Jane Heap. Carente del atractivo del Prieuré, este período de enseñanza íntima fue quizá su logro más valioso.

Jeanne Matignon de Salzman vivía en Sévres con un grupito de discípulos, en una versión en miniatura del Prieuré. Puso sus discípulos a disposición de Gurdjieff, al igual que hicieron antes Ouspensky y Orage. La relación de Gurdjieff con Madame de Salzman se reforzó después de la muerte del marido, a pesar del desagradable y oscuro episodio en el que Gurdjieff rechazó brutalmente a su viejo camarada, negándose a visitarlo durante su enfermedad final. Esta historia es un curioso paralelismo de su relación con Madame Ouspensky, que mejoró espectacularmente después de la muerte del marido. Aunque la causa de su riña con Salzman se desconoce, debió de ser tan virulenta que en su fantástico libro *Los cuentos de Belcebú*, Gurdjieff llama salzmanino a un gas letal que invade el uni-verso.

Con todo, fue Salzman quien terminó por romper las barreras entre Gurdjieff y los franceses, cuando le presentó a principios de los años treinta a René Daumal. Durante su corta vida, Daumal fue uno de los más entusiastas seguidores de Gurdjieff, pero el encuentro tuvo una significación que excedió lo personal. Hasta el final de la década, casi todos los discípulos de Gurdjieff habían sido norteamericanos y británicos. En los años siguientes y, sobre todo, después de la muerte de Daumal, se convirtió en la propiedad celosamente guardada de los intelectuales parisinos que hasta entonces lo habían despreciado.

Nacido en 1908, Daumal se ganaba mal la vida haciendo traducciones. En 1928, con unos amigos, entre ellos el novelista Roger Vailland, fundó la revista literaria *Le Grand Jeu*, dedicada al ideal mallarmeano de buscar lo Absoluto mediante la poesía. Los fundadores de la nueva revista proclamaron su creencia en milagros y publicaron un manifiesto casi existencialista, en el cual afirmaban que todo debe ponerse en cuestión en cada momento. En efecto, cuando se trata de lo Absoluto no puede haber medias tintas. Daumal se sintió atraído especialmente por el rigor de su nuevo maestro. Su novela inacabada, *Mont Analogue* recuerda a *Encuentros con hombres notables* del propio Maestro. La novela —si se la puede llamar así— trata de un grupo de exploradores que buscan una montaña desde cuya cima el universo parece totalmente diferente. Escalar la cumbre exige un esfuerzo sobrehumano: la recompensa es una nueva perspectiva ciertamente inimaginable. La obra de Daumal sintetiza así el ocultismo del Asia Central con los sublimes vapores del simbolismo francés, un parnasianismo a gran escala.

Salzman y Daumal le llevaron dos grupos franceses interrelacionados. Un contingente de norteamericanas expatriadas estaba dirigido por Jane Heap y Margaret Anderson, ahora pertenecientes a un círculo lesbiano en el que figuraban las escritoras Djuna Barnes y Janet Flanner, sus amigas Solita Solano y Louise Davidson, y Georgette Leblanc, una figura de los

prerrafaelitas que se movía con igual soltura en el mundo esotérico y entre la gente demi-mondaine. La influencia de Gurdjieff sobre estas mujeres apoya la opinión de quienes afirman que su poder consistía en gran medida en su magnetismo sexual. En cualquier caso, no fue ciertamente su encanto viril, en el sentido normal del término, lo que les afectó.

La novelista norteamericana Kathryn Hulme se unió al grupo Heap-Anderson en 1933. Hulme había conocido a Gurdjieff años antes, cuando viajaba por Francia como acompañante de una rica modista. Conoció a Barnes y Flanner en una reunión con Jane Heap, que ahora pasaba mucho tiempo en París y, a su vez, Heap llevó a Kathryn y a su amiga «Wendy» a Gurdjieff. Hulme escribiría después detalladamente sobre este círculo y su trabajo con Gurdjieff. Heap era la apasionada seguidora de Gurdjieff que inspiraba a todas ellas, y aunque a él le disgustaba la homosexualidad masculina —no por razones de moral burguesa, desde luego, sino porque viola las leyes de la armonía cósmica, en la cual juega un papel importante la polaridad sexual— parece que se guardó su opinión sobre las lesbianas.

Para empezar, sometió a sus nuevas discípulas a un proceso que debilitara su resistencia, mimándolas y rechazándolas alternativamente. Por ejemplo, antes de vender el Prieuré, fue hasta allí a gran velocidad, seguido de Hulme en su coche. Quedó maravillada del poder de la mirada del Maestro, de su charla persuasiva y de su modo de conducir temerario. Pero, después de esto, Gurdjieff solía mantenerla a distancia, y al principio fue demasiado tímida para pedirle que la aceptara como discípula. Al menos en una ocasión Gurdjieff invitó a todo el grupo a una cena de cangrejos y armañac, con brindis rituales por las diversas clases de idiotas que frecuentaban las fiestas del Prieuré. Este menú se repetiría en los años que Hulme estuvo con el Maestro. En otras ocasiones ignoraba a sus nuevas admiradoras, escribiendo sentado en un rincón del Café de la Paix, mientras ellas lo contemplaban desde lejos, sin atreverse a acercarse.

Al principio, Hulme veía a Gurdjieff sólo porque era amiga de Jane Heap. Luego, en 1935, Heap se fue a vivir a Londres, despidiéndose de Kathryn Hulme en la estación de París con estas sorprendentes palabras: «Nosotras, con este método, somos como Lucifer, nos expulsamos del paraíso mecánico en que vivimos». Fue entonces cuando Hulme se armó de valor y le pidió a Gurdjieff que la aceptara como discípula. El Maestro accedió y Hulme formó un grupito con Solano, Davidson y la inglesa Gordon, antigua habitué del Prieuré. Se llamaron La Cuerda, porque formaban una cordada para ascender a la montaña daumaliana. Recibían su formación en el Café de la Paix, en el diminuto apartamento de Gurdjieff de la calle Labie o en cualquier otro sitio donde se encontraran. Las comidas se hacían en silencio, puntuadas por los brindis y obiter dicta de Gurdjieff. Aunque en ocasiones a Kathryn le parecía que tales frases eran lugares comunes o simples trivialidades, cuando reflexionaba descubría siempre su profundidad, y se sintió ofendida cuando Rom Landau

presentó al Maestro en su Dios es mi aventu-ra como un moderno Rasputin.

De hecho, según cuenta Margaret Anderson, los fundamentos de la teología de Gurdjieff diferían en poco de los de Blavatsky. En El desconocido Gurdjieff, Anderson dice de su «ciencia» hermética (a veces la llama «superciencia») que «per-tenece al conocimiento de la antigüedad». Cita a Eliphas Lévi para decir que «hay un secreto formidable... una ciencia y una fuerza... una doctrina única, uni-versal e imperecedera», y pone en boca de Gurdjieff que «todas las grandes reli-giones universales... se basan en las mismas verdades». En lo que su maestro se diferenciaba de los demás, pensaba ella, era en las materias auténticamente rela-cionadas con las remotas tradiciones ocultistas, con los Hermanos de la Sabiduría que una vez habitaron el monasterio de Sarmoung, descrito en Encuentros con hombres notables. La «evidencia» para afirmar esto sólo se basaba en el poderoso efecto que Gurdjieff producía en Anderson, llenando su vida, vacía de otra mane-ra, con un sentido intraducible de propósito y significado. Pensaba que había algo en la manera melancólica con que Gurdjieff tocaba su acordeón después de la comida, que trascendía todo el discurso intelectual del mundo.

Gurdjieff bromeaba groseramente con ellas, juntas o por separado, apodándo-las con nombres de animales: Solano era Canario; Davidson, Sardina, y Hulme, Cocodrilo. Los mote se referían a las respectivas personalidades y defectos. Cada una se sometía a un público análisis de estos defectos y a una crítica despiadada de sus debilidades.

Como de costumbre, la instrucción espiritual iba unida indisolublemente a las preocupaciones ordinarias del maestro, y sus nuevas discípulas se vieron pronto inmersas en los detalles de la vida diaria de Gurdjieff. Algunas ve-ces les enseñaba doctrinas de sufrimiento deliberado, de autoobservación y las reglas del tres y del siete mediante una exposición directa; a veces las implicaba en la compra de su nuevo coche.

Pero lo que más les impresionaba no era su doctrina ni sus maneras exóticas, sino su agudeza psicológica y su insistencia en que ellas debían actuar sin re-flexionar. Les daba el acostumbrado mensaje: debían aprender a Conocer menos y a Ser más. Para Hulme era extraordinario el modo con que Gurdjieff parecía ver en lo más profundo de sus naturalezas, que las conociera mejor que ellas se cono-cían, que entendiera cuáles eran sus problemas y cómo resolverlos. Pero dada la neurótica introspección de casi todas sus discípulas —muchas habían padecido graves crisis en la década precedente— el mandato de que no reflexionaran era tan sensato y efectivo como lo había sido con la febril intelectualidad rusa veinte años antes.

En la primavera de 1936, las reuniones tuvieron lugar casi diariamente, habi-tualmente en el piso de la calle Labie . Aunque también iban allí otros discípulos, la modista Wendy, amiga de Hulme, que viajaba a París para reunirse con ella, se preguntaba por qué eran tan pocos. Y daba pie a su pregunta la existencia de una caja sobre la mesa de la cocina, donde cada cual ponía el dinero que

podía. Aunque el asunto era poco claro, porque por su propia naturaleza nada se anotaba y Gurdjieff nunca hacía cuentas, los días de lady Rothermere habían quedado ya muy atrás y el Maestro siempre estaba falto de dinero. Aquel verano, inopinadamente, despidió a las discípulas durante tres meses, con la condición de que volvieran en otoño. Cómo vivió sin ellas, es pura conjetura. Las mujeres estaban abastidas. De vuelta en EE.UU., Kathryn y Wendy suspiraban por su maestro, como él seguramente sabía. Habitadas a los métodos de Gurdjieff mediante una sutil combinación de arrumacos, amenazas, bromas y carisma —mimando con una mano e hiriendo con la otra, como escribió Hulme— se habían deshabitado de sus antiguas vidas y eran adictas a la nueva.

El momento culminante de cada año llegaba con la Navidad, que Gurdjieff celebraba con todo tipo de ceremonias. En la fiesta de 1936, llamó a La Cuerda y a otros discípulos para envolver cuarenta cajas en la diminuta sala de estar de la calle Labie. Estas cajas, que contenían bombones, billetes de banco y otros pequeños regalos, eran para su familia y discípulos y para los pobres emigrados que veían en él la figura del padre. Cuando acabaron de envolver las cajas, ya había más de cuarenta personas apretujadas en el apartamento y todos participaron en una abundante y ceremoniosa comida, después de la cual los asistentes gozaron con el acordeón de Gurdjieff. Las cajas se entregaron en otra complicada ceremonia que ocupó buena parte de la noche. Hubo una breve interrupción cuando la sobrina de Gurdjieff completó la larga serie de brindis con uno a la salud de Gurdjieff, y su tío se puso furioso con ella por su osadía. Según contó la criada, hasta que no se iban los principales invitados, los parientes pobres de Gurdjieff no podían compartir su generosidad. Tales incidentes eran la excepción en la vida de Gurdjieff.

La Navidad en la calle Labie compendia a la perfección el sentido vital que Gurdjieff inducía en sus discípulos: íntimo, complicado, misterioso, generoso, peligroso y mágico. También, tal como Kathryn Hulme observó, pone de relieve el complejo dilema con que se enfrentaban sus discípulos. Por un lado, el Maestro ejercía tal atracción sobre quienes lo rodeaban y creaba para ellos un universo tan completo donde vivir, que, para sus devotos, alejarse de él significaba una tragedia. Conseguía que el resto del mundo —la demás gente, el pasado, la vida ordinaria— pareciera irreal, mientras que su propia presencia estaba impregnada de la intensidad visionaria de lo verdaderamente auténtico. Al mismo tiempo, era la vida de Hulme con Gurdjieff la que, en otro sentido, le parecía a menudo irreal, por estar tan alejada de aquel otro mundo al cual ambos sabían que terminaría por volver.

El resultado era que Gurdjieff —deliberadamente o no— hacía que sus discípulos fueran dependientes al incorporarlos a su vida; luego despreciaba su dependencia mientras les exigía lealtad absoluta. Era, pues, maestro liberador y padre posesivo, dios creador y demonio destructivo. Esto podía provocar conflictos intolerables entre los discípulos: bajo su presión, todos, salvo los más fuertes,

tendían a desplomarse, sobre todo después de separarse de lo que Hulme llama el campo magnético de Gurdjieff. Cuando esto ocurría, las consecuencias podían ser brutales. Wendy dejó la Obra después de caer gravemente enferma en EE.UU., dejando que Kathryn Hulme volviera sola a París en 1938. Su maestro reaccionó borrando el recuerdo de su antigua admiradora. Después de tratar una vez del asunto con Hulme, el Maestro se limitó a añadir: «Y de ella, no hablaremos más». Aunque molesta por su lealtad a los dos y por la crueldad de Gurdjieff, Hulme no dudó en preferir su maestro a su vieja amiga. Cuando abandonó París en 1939 y se vio separada de él por la guerra y el Atlántico, se sintió como si la hubieran expulsado del paraíso.